



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE BIBLIOTECOLOGÍA**

LA BIBLIOTECA PÚBLICA COMO PROYECTO POLÍTICO

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN BIBLIOTECOLOGÍA**

PRESENTA

JOSÉ ÁNGEL GONZÁLEZ CASTILLO

ASESOR

LIC. HUGO ALBERTO FIGUEROA ALCÁNTARA

CIUDAD DE MÉXICO 2004



COLEGIO DE BIBLIOTECOLOGÍA



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
U.N.A.M.





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA**

AGRADECIMIENTOS

Agradezco en principio a mi familia: Ma. Dolores, Leo (q.e.p.d.) y Arely.

A Victor y Nancy Koschmann.

A mis sinodales y a Carlos.

Particularmente a Hugo Figueroa por darle la posibilidad de realización a esta tesis y por su paciencia.

Especialmente a Draya por apoyarme, orientarme y ayudarme desde el principio.

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

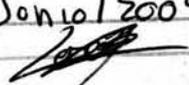
NOMBRE: José Ángel
González Castillo
FECHA: 21 Junio / 2004
FIRMA: 

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1. HEGEMONÍA Y BIBLIOTECAS PÚBLICAS: LA BIBLIOTECA PÚBLICA COMO PROYECTO POLÍTICO	
1.1. Hegemonía política y bibliotecas públicas	10
1.2. Antecedentes: Italia y el fascismo	15
1.3. Neoliberalismo hegemónico	20
1.4. La biblioteca pública como proyecto político	29
Referencias bibliográficas	32
CAPÍTULO 2. BIBLIOTECA PÚBLICA: ESPACIO DE INCLUSIÓN SOCIAL Y ALTERNANCIA POLÍTICA	
2.1. Biblioteca pública: espacio de inclusión social y alternancia política	33
Referencias bibliográficas	55
CAPÍTULO 3. TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN Y BIBLIOTECAS PÚBLICAS: HACIA UNA REDEFINICIÓN DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA	
3.1. Tecnologías de la información y bibliotecas públicas	56
3.2. Hacia una redefinición de la biblioteca pública	75
Referencias bibliográficas	78
CONCLUSIONES	79
OBRAS CONSULTADAS	85

INTRODUCCIÓN

Las bibliotecas públicas constituyen espacios comunitarios establecidos físicamente con el objetivo de abrir sus puertas a todas las personas para otorgarles la oportunidad de reunión y de interacción social.

Al ser espacios públicos dotados de la posibilidad de agrupar y de servir a un número significativo de personas, las bibliotecas públicas poseen una gran capacidad de relación con las comunidades y con la sociedad civil en general.

Sin embargo, el hecho de que esta institución se encuentre presente y de manera abierta a la sociedad, la hace vulnerable a la manipulación deliberada por parte de otra institución u organismo superior, o simplemente de algún grupo de poder que la usa con fines de dominio o meramente lucrativos.

Pero también, las bibliotecas públicas también han sido parte de proyectos emancipadores y liberadores de los grupos oprimidos; las bibliotecas sociales, o las bibliotecas populares han sido la respuesta de los grupos dominados por reapropiarse de la cultura.

Las bibliotecas públicas han sido definidas como proyectos políticos en diferentes épocas y circunstancias. Han sido parte de los medios que junto al sistema educativo trabajaron por la formación de la conciencia nacional en varios países. También han sido mostradas como instrumentos al servicio de la democracia. Por lo tanto, se encuentran inmersas en los procesos políticos y sociales que han tenido lugar en la historia.

Pero si la perspectiva desde la que se mira a las bibliotecas públicas pudiera haber sido siempre la misma, o sea de adecuación de sus prácticas a algún sistema político dominante determinado, y por lo tanto si las bibliotecas públicas siempre han servido al poder central ya sea del estado, o de la iglesia o de las clases más altas, o del mercado, entonces las bibliotecas públicas han jugado su parte en la difusión de ciertos valores ideológicos y en la preservación de las condiciones económicas y políticas de las diferentes épocas y lo cual la lleva a perpetuar el control y la dominación.

Sin embargo, las bibliotecas públicas también podrían mostrar las alternativas posibles para el cambio social al oponerse a las condiciones de opresión existentes y brindar a través de su espacio, colección y servicio la oportunidad de transformar la realidad presente.

Si por un lado las bibliotecas públicas pueden servir para diseminar la hegemonía del estado o de algún grupo en el poder, éstas también pueden ser los espacios indicados para el resguardo y la propagación del pensamiento revolucionario, así como para la recuperación de lo olvidado y silenciado por los más poderosos en la lucha diaria.

Es necesario que se tome en cuenta a la biblioteca pública como un instrumento de cambio y partir de ahí para redefinirla como un órgano que sirva tanto a los individuos como a la sociedad y que se oponga a las estrategias de dominación que puedan tratar de ejercer coacción sobre sus prácticas.

Es también indispensable que la biblioteca pública persiga fines basados en valores humanistas y no en intereses privados para que la biblioteca pública trabaje por la liberación del hombre y no por su dominación.

La cuestión de quién define tal proyecto depende del criterio y las capacidades de quienes trabajan por y para las bibliotecas públicas; y por eso mismo, cuando las personas se puedan apropiarse de éstas, serán ellas mismas junto con los bibliotecarios quienes puedan decidir el rumbo político que tomen las bibliotecas.

A partir de esto, el presente trabajo se enfocará en las relaciones que la biblioteca pública tiene con el poder político y con el contexto social. Se analizará la perspectiva política de estas instituciones en el marco de dominación y de emancipación del hombre y la sociedad.

En el capítulo 1 se expondrá la teoría de la hegemonía política de Antonio Gramsci con la finalidad de mostrar las relaciones ideológicas de las bibliotecas públicas en el proceso hegemónico. También se mostrarán los antecedentes con el ejemplo de Italia durante el fascismo y finalmente, se observará la perspectiva de esta institución pública en el marco del neoliberalismo y la globalización económica.

En el capítulo 2 se verán las perspectivas para la alternativa de una biblioteca pública que busque contrarrestar la influencia del poder político dominante, así como de las prácticas enajenadoras del conocimiento y la memoria colectiva.

En el capítulo 3 se analizará la situación del mercado de las tecnologías de la información y su relación con el sistema político y económico en una perspectiva del poder corporativo y la sociedad.

El trabajo pretende mostrar a la biblioteca pública como un proyecto político basado en valores establecidos y en determinados fines que pueden ser comunes o privados dependiendo de quien se apropie de esta institución.

CAPITULO 1. HEGEMONÍA POLÍTICA Y BIBLIOTECAS PÚBLICAS: LA BIBLIOTECA PÚBLICA COMO PROYECTO POLÍTICO

1.1. Hegemonía política y bibliotecas públicas

La biblioteca pública no es solamente un lugar de reunión social, ya que a diferencia de otros lugares como los centros comerciales, en donde la acción comunitaria sólo se manifiesta en consumo, la biblioteca pública ofrece la posibilidad de manifestar y consultar libremente, al menos en teoría, ideas y discursos, así como de llevar a cabo debates o discusiones entre ciudadanos o integrantes de una comunidad, de manera pública.

Pero es debido a esta capacidad de concentración y comunicación pública, que el estado o los distintos grupos de poder, habrían visto en las bibliotecas públicas el instrumento necesario para la difusión de propaganda a través de la formación de un delimitado cuerpo de obras que servirían a la finalidad de expandir su hegemonía con el claro objetivo de perpetuar su dominación.

Las bibliotecas públicas han sido tomadas por el poder central del estado y han sido así enajenadas de la sociedad. Estas bibliotecas han sido definidas como las herramientas necesarias para la ideologización de las masas.

Innegablemente, esto último ha sucedido en muchos países en diferentes épocas y con distintas características, y el testimonio de ello está realizado por historiadores y

demás estudiosos que nos ponen al tanto de lo que han pasado las bibliotecas y a lo que se encuentran expuestas como espacios de difusión masiva de la cultura.

Por lo tanto, en esta primera parte del trabajo se tratará el asunto de la hegemonía política como forma de dominación en la que se ha visto envuelta la biblioteca pública. Para esto, se parte de la teoría de Antonio Gramsci, y se intentará mostrar la relación que encuentro entre la hegemonía y la biblioteca pública como instrumento al servicio del poder dominante y su interacción con la sociedad civil.

Antonio Gramsci fue un teórico marxista italiano. Militó en el Partido Socialista y más tarde fundó el Partido Comunista Italiano. Fue una gran figura y un líder intelectual en la Italia de los años veinte y esto le valió la detención por parte de los fascistas, recluyéndolo en prisión por el resto de su vida.

A pesar de esto, Gramsci desarrolló una amplia y profunda obra teórica conocida como "Cuadernos de la cárcel", en los cuales trabajó a profundidad tanto la filosofía como la política y la cual se ha dado a conocer al mundo después de su muerte.

Uno de los asuntos más profundamente desarrollados teóricamente por Gramsci fue el de la hegemonía. A lo largo de toda su obra se puede observar el proceso de explicación de esta teoría, y por lo tanto, ocupa un lugar central dentro de su obra.

Para Gramsci la hegemonía puede ser definida como la capacidad que tiene la clase dominante de dirigir ideológicamente a las clases subalternas. Esta clase necesita no sólo de la fuerza para dominar a la sociedad, sino también de ciertos aparatos que propaguen su ideología para obtener el consenso y dirigirla, de manera que existan las condiciones para que las relaciones sociales se mantengan de determinada forma.

Gramsci dividía a la sociedad de dos maneras, la primera era la sociedad civil, dentro de la cual ubicaba la función de hegemonía y su papel dentro del proceso de dominio y dirección por parte de la clase más alta, y la segunda era la sociedad política. Su definición y diferencias fueron puntualizadas por Gramsci de la siguiente manera: la sociedad civil se define como el "conjunto de los organismos vulgarmente llamados privados... y que corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad" (Gramsci, 1972: 16). Mientras que sociedad política la define como "sociedad política o Estado que corresponde a la función de 'dominio directo' o de comando que se expresa en el Estado y en el gobierno jurídico" (Gramsci, 1972: 16).

Como se mencionó anteriormente, la función de hegemonía se sitúa dentro de la sociedad civil ideológicamente, mientras que por el otro lado se encuentra la sociedad política a través de la que se ejerce la coerción por medio de la fuerza del estado. Por esto podría decirse que la sociedad civil es el lugar en el que la hegemonía tiene su lugar, y esto es, el sitio en donde la parte de la dirección ideológica de la clase dominante se lleva a cabo, mientras que en la sociedad política se encuentran los medios necesarios para el dominio político de las clases subalternas, estos últimos también llamados aparatos de coerción del estado. La sociedad civil es el lugar en el que se encuentran las instituciones que se encargan de transmitir la ideología dominante hacia las clases subalternas, y la sociedad política esta formada por los aparatos de fuerza del estado y por lo tanto la parte del dominio político.

Es necesario aclarar de manera muy precisa la diferencia que se establece entre los conceptos de sociedad civil y sociedad política. La sociedad civil es el sitio en el que se realiza el consenso, en el que se le daría forma a una opinión pública y la que

llevaría a cabo la base ideológica para sostener a la sociedad política, mientras que esta última es representada por los aparatos que ejercen la fuerza del estado como el ejército y las leyes.

Las interpretaciones sobre el concepto de hegemonía gramsciano son muy diversas y encontradas en algunos casos, pero lo que importa saber aquí es que Gramsci encontraba a ésta dentro de la sociedad civil, y se mostraba para él a través de ciertas instituciones concebidas como "privadas" (en el sentido de no ser aparatos coercitivos del estado, como el ejército y por lo tanto no pertenecer al lado de la sociedad política), como la iglesia, los medios de comunicación o las instituciones educativas, y aunque Gramsci nunca habló específicamente de bibliotecas, las categorías son amplias y por lo tanto es posible ubicarlas entre estas dos últimas.

Estos organismos "privados" son los encargados de propagar la ideología del grupo dominante y lograr el consenso que da sustento a la sociedad política; y es así como la sociedad civil para Gramsci representaba también la base ética del estado. Es decir, el fundamento ético sobre el cual se mantiene el estado y la misma sociedad política.

Por otra parte, en la teoría de Gramsci se encuentra también que sociedad política y sociedad civil pueden ser definidas como distintos momentos de una misma cosa. Es decir, que en algún momento, al nacer un nuevo estado, es posible que este funcione solamente a través de la coerción, de la dictadura, y esto sucede por no haber logrado previamente realizar un consenso al interior de la sociedad civil.

Y también significa que para que la función hegemónica se realice coherentemente, las dos sociedades pueden ser utilizadas convenientemente por el estado cuando así lo requiera. Portelli (1982: 36) dice que para que una hegemonía sea

firme y se pueda establecer, es necesario que previamente las dos sociedades, la sociedad política y la sociedad civil hayan sido desarrolladas al mismo grado y se encuentren unidas de manera orgánica para que así, la clase dominante pueda utilizarlas alternativamente y al mismo tiempo con armonía para poder perpetuar su dominio.

Esto quiere decir que un grupo que llega al poder puede imponerse por medio de la fuerza y el aparato coercitivo del estado sin tener formada una sociedad civil apta para la propagación ideológica y por lo tanto sin lugar para la función hegemónica, lo cual mostraría solamente uno de los momentos esenciales del bloque histórico, por lo tanto no se podría legitimar por el sustento ético de la sociedad civil, sino por la fuerza y coerción que ejerce un estado totalitario. Esto es, que la dominación puede sustentarse a través de la hegemonía, sin embargo, esta es sólo una manera de ejercer el dominio, ya que también se logra por medio de la violencia.

Para Gramsci el cambio histórico debía venir desde la sociedad civil, ya que es esta la que sustenta éticamente al estado, y por lo tanto es la que necesita cambiar en primera instancia para fundar una sociedad civil que sobrepase y haga desaparecer gradualmente a la sociedad política o a los totalitarismos de estado, de tal manera que se llegue a una sociedad civil regulada por ella misma y a la desaparición del estado, de sus mecanismos de perpetuación y de las clases sociales.

La cuestión de la hegemonía se refiere a un tipo de control social; un control a través de la ideología o de las ideas. Esto es, que un gobierno, o un grupo que se encuentra en el poder, al tener la capacidad de hacer manejo de instituciones como los medios de comunicación, las bibliotecas públicas o las escuelas, puede manipular, si

así le conviene, el consenso y la opinión pública al difundir su ideología a través de dichas instituciones.

En este punto, la biblioteca pública, al encontrarse a merced de los intereses particulares de un grupo o clase, adquiere una nueva forma de relación con respecto al individuo y a la sociedad. La biblioteca pública no sólo se encuentra con sus puertas abiertas de par en par aguardando de manera imparcial y receptiva la presencia del individuo con voluntad de enriquecer su conocimiento, sino que ahora la biblioteca está en busca del individuo, en busca de todos, con el fin de formarles como integrantes o como partes determinadas del proyecto político que se ha entramado desde las esferas más altas.

Pero la posibilidad de esto reside directamente en las medidas y en el comportamiento que la biblioteca adopte para hacerse parte activa del proyecto político que la sujeta, por lo tanto, es necesario que previamente exista una visión o una definición de lo que la biblioteca es, será y hará por los fines que persiguen quienes la manipulan.

1.2. Antecedentes: Italia y el fascismo

Como parte de las instituciones que se ubican dentro de la sociedad civil, las bibliotecas públicas han encontrado características muy similares en diversas naciones con situaciones aparentemente muy distintas. Sin embargo, el caso italiano durante la época fascista, parece el más relevante y coherente por el hecho de

exponerlo junto con la teoría de un pensador italiano que vivió el fascismo y que murió a causa de éste.

Es así como en las primeras décadas del siglo XX, estas instituciones fungieron como mediadoras para la transmisión de las ideas fascistas que pretendían preparar ideológicamente al pueblo italiano para el sustento de las acciones políticas que el estado italiano realizaría. Por otro lado, y a manera de ejemplo, en México el sistema bibliotecario público estuvo más unido al sistema escolar, el cual estuvo marcado por una fuerte tendencia nacionalista y reivindicadora de los ideales de la Revolución que sin embargo constituyeron la hegemonía que iba a sostener durante setenta años a un partido que institucionalizó los valores revolucionarios.

Las bibliotecas públicas, junto con las escuelas y otros organismos, han formado parte de procesos históricos muy importantes en la vida de las naciones sobre todo en el último siglo. Han contribuido junto con un gran cuerpo de instituciones diversas a la formación de naciones y otros grupos y comunidades políticas a través de su función ideológica. Y esto ha sido porque se han encontrado con la mano de intereses de la clase dominante y sus fines hegemónicos, es decir, con los intereses de quien detentaba el poder del estado.

En Italia, a finales del siglo XIX, la dimensión del analfabetismo era enorme; la minoría alfabetizada se constituía del público pequeño burgués y de algunos industriales acaudalados. Por esta misma razón, la injerencia de las clases bajas en la vida pública del país era casi nula.

Para Armando Petrucci, un estudioso de los problemas socioculturales de la cultura escrita, esta era la gran causa de la falta de interés y desarrollo de una política bibliotecaria y de lectura pública en Italia. No obstante, dos factores fueron decisivos

para que esto comenzara a cambiar. En primer lugar, la preocupación por parte de la clase dominante de la educación política autónoma de las clases populares; es decir, el temor a que las clases bajas comenzaran a politizarse de manera independiente, y con esto desapareciera la posibilidad de controlarlas ideológicamente; en segundo lugar, la creciente industria capitalista, directamente los editores, quienes buscaban el terreno para el desarrollo de su prolífica empresa.

Además, para establecer el régimen fascista, era necesario no solamente imponer coercitivamente la nueva ideología, sino propiciar el campo apto para propagar la hegemonía fascista hacia las masas dispersas de todo el país. En este período todavía no se hablaba de un modelo de “democratización de la lectura”, como lo proponía la idea de la *Public Library* anglosajona, sino más bien, era el simple control ideológico de las masas por medio de un cierto cuerpo determinado de obras bien seleccionadas.

Pero es necesario aclarar que desde décadas antes a la llegada del fascismo al poder, no fueron pocos los grupos y organizaciones que trabajaron en la promoción de la lectura pública y en lo que en ese tiempo se llamaron bibliotecas populares. Pero esto no fue más que un fracaso en un intento de manipular a las masas. Tanto autoridades públicas como particulares y organizaciones diversas trataban el problema de la lectura pública y de las bibliotecas como instrumentos a disposición de sus intereses y conveniencia, así que de diversas maneras se quiso controlar al pueblo.

De ahí parte la historia de varios bibliotecarios que aunque tenían algún ideal democrático como Antonio Bruni (Petrucci, 1999: 246), por ejemplo, no pudo más que seleccionar discriminatoriamente un cierto número de obras muy útil, con el fin de no alterar la “paz social”.

Algunos otros buscaban que la iglesia católica reglamentara e impusiera un canon de obras que constituirían el acervo de las bibliotecas. Sin embargo, todos estos intentos, por razones de inexperiencia, pobreza en materia de cultura escrita, es decir producción y distribución de esta, fracasaron uno tras otro y solamente sacaron a la luz la gran crisis cultural que existía en Italia.

Estos dos ejemplos proporcionan los elementos para darse cuenta de que la selección de los materiales se basa o puede basarse en fines políticos precisos, encaminados a moldear la educación y por lo tanto la formación del pueblo italiano para conveniencia de las clases más altas.

Estas nulas tentativas de bibliotecas públicas manejadas por el estado o por particulares burgueses, dieron lugar a la creación de bibliotecas populares por parte de las organizaciones sindicales de obreros que tomaron la iniciativa de tener sus propios instrumentos de educación política a través de bibliotecas.

Eran iniciativas muy legítimas si se nota la manera en que la clase obrera ayudaba a sus bibliotecas para poder mantenerlas.

Antonio Gramsci (1972: 142) comentó sobre un artículo de Ettore Fabietti que trataba de las bibliotecas populares lo siguiente:

Fabietti revela que los obreros son los mejores “clientes” de las bibliotecas populares ya que: cuidan los libros, no los destruyen (a diferencia de otra clase de lectores: estudiantes, empleados, profesionales, amas de casa, rentistas, etc.). Los lectores de las “bellas letras” son un porcentaje relativamente bajo, inferior al de otros países. Hay obreros que proponen pagar la mitad de los libros costosos con tal de poderlos leer. Hay obreros que hacen donaciones de hasta cien liras a las bibliotecas populares. Un obrero tintorero llegó a ser “escritor” y traductor de francés gracias a las lecturas y a los estudios realizados por medio de las bibliotecas populares, pero seguía siendo obrero.

Y en esta iniciativa se puede observar también que la voluntad de los obreros a cooperar con los costos, se debe más bien a una apreciación más legítima del producto cultural que es el libro: no es solamente una relación de cambio o de consumo la que tiene el obrero con el libro, no es una relación en la que el enriquecimiento se manifiesta en material monetario, sin embargo, se trata de una relación con el libro en forma de apropiación de la cultura.

A pesar de esto, no existía una verdadera autonomía cultural y de clase respecto de la cultura oficial. Es decir, que el esquema fue el mismo, y no se tomó en cuenta la perspectiva del proceso de producción de la cultura escrita como nos lo hace saber Petrucci (1999: 250), siendo que para el caso italiano, los mismos que producían esta cultura escrita eran los que la usaban y la repetían, es decir, la burguesía. Por tanto, no hubo una conciencia del problema de clase y cultura oficial por la razón de que hegemónicamente, el alfabetismo se extendía desde las clases altas hacia las clases subalternas.

La verdadera posibilidad de conseguir la autonomía cultural por parte de la sociedad civil respecto de un poder hegemónico, está basada en la capacidad de esta para apropiarse de la cultura escrita.

No obstante esto último, el intento obrero fue de mayor legitimidad, si así puede decirse, cuando vemos que todos los demás intentos de política bibliotecaria solamente se basaban en puros fines de control ideológico de masas, y aunque no existía la autonomía necesaria, en esta iniciativa obrera, se observa tanto la voluntad por independizarse, como la disposición de una comunidad o grupo por apoyar un organismo cultural que para ellos era de mucha relevancia.

Más allá de la escolarización, la biblioteca es el espacio para el pensamiento independiente, es el espacio para el hombre consciente que tiene la capacidad y la voluntad de educarse a sí mismo. V. Mezhúiev (1980: 59) nos habla de la opinión que Kant tenía sobre la educación de uno mismo. Él decía que cuando se intenta forzar a las personas, ya sea con castigos o con estímulos, pero de manera coercitiva a aprender y desarrollarse no se llega más que al fracaso; y que más que en la influencia, este desarrollo debe estar basado en las aspiraciones y motivos propios. Y es que la enajenación de los individuos hacia la cultura escrita no puede ser solucionada solamente con más escuelas o con mejores maestros, sino que debe tratarse de una recuperación de esta, de manera que sea la misma sociedad civil quien determine su orientación.

Pero esta “recuperación”, sólo puede darse cuando la sociedad civil se apropie de los espacios correspondientes para esta labor.

La biblioteca pública es el órgano y el espacio necesario.

1.3. Neoliberalismo hegemónico

Sin duda, el papel del estado está cambiando y tan sólo con dar un repaso a los más recientes acontecimientos en los que se ha dado una respuesta inesperada por parte de la sociedad a las políticas sin escrúpulos de organismos como El Banco Mundial, o la Organización Mundial de Comercio, se puede observar la nueva dinámica.

Pero más que hablar que el estado esté desapareciendo, se debe señalar que el estado sigue jugando un papel muy importante, sólo que ahora se encuentra al servicio de las corporaciones y empresas multinacionales, por lo cual, su razón de ser es el mercado global. “Con mucho los estados juegan un papel de agente de la economía global con la tarea de ajustar las políticas económicas nacionales y las prácticas, a las exigencias del liberalismo económico global” (R.W. Cox,1998: 137).

El estado debe velar por los intereses privados de las empresas y trabajar para lograr que estas políticas se lleven a cabo sin contratiempos, evitando posibles brotes de grupos que se opongan a dichos fines, así como medidas que busquen mejores condiciones laborales o ayuda a las masas marginadas. R.W. Cox (1998: 136) señala que:

El poder económico y el estado que ayuda al desarrollo de la globalización están fuera de la sociedad civil. La sociedad civil es el contexto de grupos de acción autónomos distintos del poder económico y del estado. Es el contexto de aquellos que están en desventaja frente a la globalización de la economía mundial y es en ésta donde elevan sus protestas buscando alternativas.

Por esto, se hace necesario reflexionar un poco sobre la tendencia global que existe a encontrar en las fuerzas del mercado la respuesta a los problemas tanto económicos, políticos y culturales que aquejan a la gran mayoría de la población mundial, esto es el neoliberalismo, y el cual se puede definir en palabras de Robert W. McChesney (En Noam Chomsky, 2001: 7) como “las políticas y los procedimientos mediante los que se permite que un número relativamente pequeño de intereses privados controle todo lo posible la vida social con objeto de maximizar sus beneficios particulares”.

Una vez dada esta breve y concisa definición se podrá referir al neoliberalismo y entenderlo como la manera en que los intereses privados se benefician a través de cierto control social; este último, fundamentalmente basado en la propaganda, la tecnología, la corrupción y el uso de los aparatos represivos.

El orden global vigente, pretende abarcar cada vez más los distintos aspectos de nuestras vidas, y ha venido a impregnar tanto a gobiernos y demás partidos de una tendencia a dar a los problemas de los países una respuesta basada en el mercado, y por lo tanto a establecer relaciones con las empresas que cada vez obtienen más poder para controlar los ámbitos público y privado.

El capital de las empresas ha entrado en acción y los gobiernos tienen el papel de cuidar que los intereses empresariales no se vean afectados por una población que pudiera comenzar a sentirse marginada del convenio con el estado. Por esto la entrega de recursos a las instituciones públicas solo será posible a través de las empresas, y el gobierno dará luz verde a estas medidas cuando las empresas convengan en que ello beneficiará sus intereses.

Por ahora se ha observado que la privatización de la educación pública ha ido extendiéndose a lo ancho del orbe y que el apoyo a estas medidas neoliberales ha sido muy significativo tanto por parte de los gobiernos como de los medios de comunicación, los cuales son controlados mayormente por corporaciones multinacionales que funcionan bajo la misma línea neoliberal; por supuesto, las protestas de miles de personas no se han hecho esperar, y el rechazo por el daño que conllevan semejantes políticas ha sido reforzado por la voz de intelectuales y activistas de muchos países, pero no obstante en la mayoría de estos, las medidas privatizadoras han sido aprobadas haciendo caso omiso del rechazo multitudinario.

Además, a pesar de la protesta, como se señaló antes, los medios de comunicación, ahora apropiados por las corporaciones, y otras grandes instituciones, inclusive de carácter intelectual, hacen un trabajo conjunto en el que moldean la opinión pública, así como el discurso intelectual sobre el neoliberalismo; McChesney (En Noam Chomsky, 2001:15) comenta cómo Chomsky analiza muy hábilmente la doctrina de los sistemas democráticos capitalistas señalando, cómo los diversos medios de comunicación masiva, las corporaciones y sus relaciones públicas, los intelectuales, los académicos y en general todos los que trabajan con la cultura escrita, son los encargados o al menos juegan un papel muy importante en legitimar y hacernos parecer benéficas todas estas medidas para que a nosotros todo nos parezca adecuado y tal vez hasta “necesariamente deseable”.

La estrategia neoliberal intenta formar una sociedad civil informatizada y desorganizada para que sus actividades no se vean obstaculizadas por ella. Poco a poco el discurso neoliberal va introduciéndose en el lenguaje y encuentra el lugar para justificarse. “El neoliberalismo es hegemónico ideológicamente y en términos de política” (R. W. Cox, 1998: 137).

Así es como los bibliotecólogos, “trabajadores por la democracia”, creen que una sociedad democrática se basa en una sociedad bien informada, una sociedad con acceso a la información, y por consiguiente, al mismo tiempo que hablan de acceso, hablan también de tecnología de la información, como si fueran lo mismo, y esto no es una mera casualidad.

El mercado de las tecnologías de información ha encontrado espacio no solamente en muchos países y en muchos rubros, sino que todos tienen que ver con él, todos hablan de la red, del cd rom, de los nuevos programas, etc., incluso hasta las

personas más ajenas a esto poseen en su vocabulario la palabra Internet o página web. Y parece que cuando se habla de estos temas, se habla también de progreso, de democracia y por consiguiente de bienestar. Se sabe que las empresas que ahora poseen parte del mercado de la información son de magnitudes descomunales. Las industrias productoras de software y de los servicios de información están tomando el control de muchas otras pequeñas empresas de distintos rubros, así es como pasa con algunas editoriales, por dar sólo un ejemplo; por esto también los bibliotecólogos deben tener una formación que les proporcione los conocimientos necesarios para ser muy críticos y reflexivos en cuanto al discurso de la información.

Lo que se llama "la sociedad de la información", parece una estrategia más de venta de los bienes públicos a la sociedad, por un lado; y por el otro una amenaza al verdadero campo cultural que también es trabajado por las bibliotecas.

Una de las maneras en que la propaganda trabaja sobre la sociedad, es tratando de que ciertos intereses particulares se presenten como intereses comunes, es decir, que intenta convencernos de que tal o cual medida es buena para todos, nos prepara para que podamos valorarla todos de igual manera, y así, todos la encontremos deseable.

Esto se refiere a que los gobiernos se dirigen a la población a través del discurso de la democracia, de lo importante que es la opinión (informada) de los ciudadanos, del poder que tiene la participación de las personas en el proceso de cambio, pero la democracia real, es decir, la participación de todos en las decisiones que toma el país no es la que se manifiesta en el ámbito público y político.

Según Chomsky (2001: 101) el significado del término democracia "implica oportunidades para que la gente se ocupe de sus asuntos colectivos e individuales",

esto puede compararse a lo que Villoro (1997: 333) llama "el primer sentido de democracia" y el cual significa "el poder del pueblo"; pero Villoro da un sentido más a la democracia y este "designa un conjunto de reglas e instituciones que sostienen un sistema de poder" y el cual es el sentido usado de la democracia actual existente en la mayoría de los países.

Esto quiere decir que el ideal de democracia como la participación real de los individuos en los asuntos colectivos o individuales esta socavado por un tipo de democracia formal y de mercado que contempla al individuo como un ser con derechos civiles, que forma parte de los votos electorales para tomar decisiones y elegir gobernantes. O sea que la participación de las personas se llevará a cabo en el "proceso democrático" existente, pero lo cual no quiere decir que su voluntad se expresará en un logro con vistas tanto a fines individuales como comunes a través de su participación.

Por esto disentir no cabe más en una democracia formal como la existente. La represión se va haciendo cada vez más generalizada y brutal. El empeño por apagar cualquier tipo de lucha es evidente a través de la propaganda política a la que los medios de comunicación se prestan.

De cualquier manera, hasta ahora, la democracia en la que vivimos (bajo un orden neoliberal), sólo ha sido una manera de brindar el apoyo de los votantes para legitimar a gobiernos que en realidad trabajan para una minoría, por lo tanto el papel del estado se basa en regular el consenso y el sustento necesarios para no obstaculizar la actividad del libre mercado.

En las democracias actuales el consentimiento de la opinión pública se ha logrado a través de toda la propaganda esparcida, la cual es más fácilmente asimilada

por individuos enajenados y aislados de toda posibilidad de organización social. Es decir, que existe un cuerpo de organismos de comunicación que ejercen una función de convencimiento y “uniformación de la opinión pública” (Chomsky, 2001: 47). Muchos son los casos, desde la guerra del golfo hasta la reciente huelga de la UNAM, en los que los medios y las relaciones públicas informatizan a la sociedad y no dan la capacidad de analizar los contenidos. Y no sólo esto, sino que cada vez existen menos espacios alternativos para regenerar una opinión pública tan enajenada.

Chomsky señala cómo esta uniformación es una condición para la realización de las democracias modernas y cita a Edward Bernays (En Noam Chomsky, 2001: 59), un liberal del New Deal, que decía “la manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones establecidos de las masas es un componente importante de la sociedad democrática”.

Y esta es la manera en que el neoliberalismo se hace hegemónico: se apropia de las instituciones comunicativas y propagan la ideología que beneficia a los intereses de las clases altas, de los empresarios y las corporaciones (obtienen el consenso), y cuando algunos grupos u organizaciones deciden manifestar su desacuerdo con las políticas neoliberales, el despliegue de fuerzas policíacas es mayor y sumamente excesivo, como si de exterminar una plaga se tratara.

Es decir, cuando la función de los organismos dedicados a la standardización de la opinión pública ya no es eficaz, entonces la fuerza y la violencia la suceden, y aparece la represión por parte del estado. Todo esto sólo puede tener lugar cuando la democracia sólo es una formalidad y su cuerpo es tan endeble que es necesario hacer ver la protesta como un absurdo de grupos desestabilizadores del gran triunfo político. La globalización financiera y la democracia actual van de la mano.

Cada vez más los distintos aspectos culturales, políticos y sociales serán vistos desde una perspectiva empresarial, administrativa, y esto se traducirá en más presión que será ejercida por las empresas sobre los gobiernos los cuales sólo permanecerán vigilando que no crezca o al menos que no se manifieste el desacuerdo de la población con las políticas adoptadas. El aumento de la propaganda y el decremento de la difusión de información no manipulada por el poder político, serán dos aspectos que irán cobrando más importancia mientras la globalización se extienda hasta cubrir todos los aspectos de nuestras vidas. Así como dice McChesney (En Noam Chomsky, 2001: 9) "el neoliberalismo funciona mejor dentro de la democracia formal con elecciones, pero con la población alejada de la información y del acceso a los foros públicos necesarios para participar significativamente en la toma de decisiones".

Por lo tanto, el rubro de la información en estos tiempos es más que relevante, sin embargo como lo señala (Stephen Gill, 1998: 172) "la formación del discurso dominante de nuestro tiempo es el concepto neoliberal de 'globalización'". Sugiere que la privatización y la transnacionalización de capital son inevitables o deseables desde el punto de vista social amplio". Esto quiere decir, que de alguna manera estos cambios serían casi obligatorios para que la economía del libre cambio se pueda llevar a cabo de forma positiva, y por lo tanto, el funcionamiento del mercado brindará los beneficios que se espera y que de otra manera, esto no sería posible. Pero entonces, esta transnacionalización no deja otras opciones, sino que las reprime, y por esto los medios de comunicación actúan en función de los intereses corporativos aún cuando en realidad, estos no benefician a la mayoría de la población mundial. Gill (1998:172) dice que esta transformación en la economía traería bienestar y democracia según lo muestran los informes del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

¿Pero qué se puede esperar o cómo se puede confiar en tales informes, cuando se sabe que en cada reunión de estos organismos la policía reprende brutalmente a los manifestantes opuestos a sus políticas, contando al menos con un muerto ya en la reunión del G8 en Génova en 2001 (Ryan, 2002: 300-305) y sin mencionar el hecho de que cada vez tienen que buscar lugares más retirados y de difícil acceso para sus famosas reuniones a escondidas? Y añade Gill (1998: 172) “un aspecto negativo es cómo el mercado neoliberal supone la marginación de alternativas diferentes”.

Por eso los bibliotecólogos deben mostrar una preparación cultural y política amplia, previamente desarrollada a través de los estudios cursados, que les permita discernir cuál es el rumbo que la biblioteca debe tomar en una situación como la actual; porque no es solo el hecho de seguir la retórica demagógica de la UNESCO, y repetir hasta el cansancio lo que la biblioteca pública debe ser y a quien debe servir, sino se trata de establecer la dirección a seguir en un momento en que las instituciones públicas se encuentran en riesgo de desaparecer y de pasar a pertenecer al cuerpo de empresas que encuentren un mercado activo a través de los servicios que la biblioteca brinda gratuitamente.

Pero, ¿cómo se lograría esto último si desde la fundamentación del Proyecto de modificación del Plan de Estudios de la Licenciatura en Bibliotecología y Estudios de la Información (2001: 9) de la UNAM, se justifican las tareas del bibliotecólogo con una perspectiva tan instrumental, corporativa y servil como la de la eficiencia y el beneficio empresariales?:

La sistematización y transferencia de la información, su organización, diseminación, gestión y administración a través de sistemas tecnológicos y unidades de servicio, así como la formación de colecciones documentales en

diversos medios tanto impresos como electrónicos tiende a crecer significativamente; razón por la cual es necesario formar recursos humanos capaces de realizar actividades pertinentes al desarrollo de los sistemas de información, de formación de colecciones documentales, así como de gestión de servicios para el suministro de la misma a los usuarios que la requieran. Toda vez que la información es un elemento estratégico para el desarrollo de los países y la globalización, como se ha reconocido en los tratados culturales y comerciales.

¿Tratados de la OCDE, del FMI, del Banco Mundial, de la OMC?

Y nuevamente Gill, (1998: 172-173):

Naturalmente la “globalización” no es un proceso fácil de reducir puesto que es multifacético y multidimensional e implica ideas, símbolos, música, modas y una variedad de gustos y representaciones de identidad y comunidad. Sin embargo, en el presente, a pesar de las representaciones míticas e ideológicas el concepto sirve para delinear un sistema económico global dominado por inversionistas institucionales y firmas transnacionales que controlan la mayor parte de la producción mundial, que son las influencias principales en el mercado y las finanzas mundiales.

1.4. La biblioteca pública como proyecto político

Las bibliotecas públicas han formado parte de procesos históricos muy importantes en la vida de las naciones sobre todo en el último siglo. Y todo esto ha sido, porque estas nunca pudieron sustraerse a la mano de la hegemonía de la clase dominante, es decir a quien detentaba el poder del estado.

Las bibliotecas públicas han sido más que un lugar común de eficaz y estratégico acceso a la información, como se las quiere ver ahora; las bibliotecas públicas han formado parte de un cuerpo muy amplio de instituciones que conformarían "Los aparatos ideológicos del Estado", como lo expresaría Althusser, (1999: 102). Este último, no se refirió nunca específicamente a las bibliotecas, pero en su ensayo titulado "Ideología y aparatos ideológicos del Estado" elaboró diversas categorías dentro de las cuales se podrían incluir muy adecuadamente las bibliotecas públicas, y como Gramsci, también puntualizó el carácter "privado" de tales instituciones como lo muestra en este fragmento: "Son entidades privadas las iglesias, los partidos, los sindicatos, la familia, algunas escuelas, la mayoría de los periódicos, las empresas culturales, etc" (Althusser, 1999: 116) Por esto, como las demás instituciones "ideológicas", o sea la iglesia, la escuela o los medios de comunicación, las bibliotecas públicas deben ser enfocadas desde una perspectiva política si se quiere encontrar su verdadera función dentro de la sociedad.

Así también, como institución de carácter público, en cuanto a la dirección que la define, es decir, como organismo cultural hecho para todos en general, la biblioteca pública se dirige a una gran capa de personas con diferencias de muy diversa índole, pero lo cual no influye para darles acceso a esta. De la misma manera, los materiales de la biblioteca se encuentran previamente seleccionados para ser destinados al uso de una amplia comunidad muy general. Y es por esta particularidad que la biblioteca pública ha sido objeto de distintas concepciones y usos por parte de quien ha tenido el poder de administrarlas.

El lugar de las bibliotecas públicas dentro de la sociedad ha sido pensado como el órgano apto para el desarrollo de una sociedad libre y democrática, una sociedad

donde los individuos puedan tener libre acceso al conocimiento humano que se almacena y se pone a disposición a través de la biblioteca pública. Al menos ese es el dogma que siguen los organismos impulsores de las bibliotecas públicas. Pero es este discurso normativo el que ha propiciado que las bibliotecas públicas se muestren dóciles y manipulables en la práctica. Ya sea por el estado mismo o por las organizaciones de la clase poderosa dentro de la sociedad civil, las bibliotecas se han visto manipuladas y manejadas con claros fines políticos y hegemónicos que las establecieron como un instrumento más al servicio de la clase dominante.

Si alguna vez el estado o la clase en el poder tuvo las instituciones “privadas” como lo dijo Gramsci, es decir las escuelas, las bibliotecas, los diarios, o la radio, en este momento es el poder empresarial quien ha robado de los ciudadanos estas instituciones y sus espacios públicos con el fin de obtener beneficios propios a sus intereses, y al mismo tiempo, usarlos como instrumentos de propaganda o como objetos comerciales con los cuales abrir las posibilidades del mercado. Pero este o estos lugares son de la sociedad civil, por lo tanto es nuestra tarea recuperarlos o al menos, hacerlos recuperables.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Althusser, Louis (1999). La filosofía como arma de la revolución. México: Siglo veintiuno editores. 151 p.
2. Bernays, Edward (2001). En Noam Chomsky. El beneficio es lo que cuenta: *neoliberalismo y orden global*. Barcelona: Crítica. 194 p.
3. Chomsky, Noam (2001). El beneficio es lo que cuenta: *neoliberalismo y orden global*. Barcelona: Crítica. 194 p.
4. Cox, R. W. (1998). Los estudios gramscianos hoy. México: Plaza y Valdez editores/ Internacional Gramsci Society. 228 p.
5. Gill, Stephen (1998). Los estudios gramscianos hoy. México: Plaza y Valdez editores/ Internacional Gramsci Society. 228 p.
6. Gramsci, Antonio (1972). Los intelectuales y la organización de la cultura. Buenos Aires: Nueva visión. 210 p.
7. McChesney, Robert W. (2001) en Noam Chomsky. El beneficio es lo que cuenta: *neoliberalismo y orden global*. Barcelona: Crítica. 194 p.
8. Mezhuiev, V (1980). La cultura y la historia. México: Progreso. 279 p.
9. Petrucci, Armando (1999). Alfabetismo, escritura y sociedad. Barcelona: Gedisa. 319 p.
10. Portelli, Huges (1973). Gramsci y el bloque histórico. México: Siglo veintiuno editores. 157 p.
11. Proyecto de modificación del plan de estudios de la licenciatura en Bibliotecología y estudios de la información (2001). Facultad de filosofía y letras, UNAM. 53 p.
12. Ryan, Ramor (2002). And balance with this life, this death: Genoa, the g8 and the battle in the streets en *The Battle of Seattle: The new challenge to capitalist globalization*. New York: Soft skull press. 393 p.
13. Villoro, Luis (1997). El poder y el valor: *fundamentos de una ética política*. México: Fondo de cultura económica. 400 p.

CAPÍTULO 2. BIBLIOTECA PÚBLICA: ESPACIO DE INCLUSIÓN SOCIAL Y ALTERNANCIA POLÍTICA

2.1. Biblioteca pública: espacio de inclusión y alternancia política

“El mundo de la cultura” es el “mundo del propio hombre”, creado por este de principio a fin... Por lo mismo el individuo es presentado en la cultura no como algo creado, sino como *creador*, no como objeto pasivo, fruto de circunstancias externas y fuera de su poder, sino como sujeto que realiza los cambios y transformaciones, como sujeto histórico (V. Mezhúiev, 1980, 88).

Las bibliotecas son una creación humana. Las bibliotecas modernas las desarrolló el hombre para satisfacer sus necesidades cognitivas como individuo y al mismo tiempo como sociedad; además de preservar el acervo; por lo tanto las bibliotecas tienen la finalidad de servir a este, a su desarrollo. Pero, ¿es esto lo que ha sucedido?, y más importante aún, ¿las bibliotecas en la actualidad están al servicio del hombre, de la sociedad, o aún se encuentran como en la Italia fascista bajo la hegemonía de algún grupo poderoso que las acapara y las manipula a su conveniencia?

Por un lado, se tiene ya el modelo de la llamada *Public Library* de los Estados Unidos de Norteamérica y el cual muestra la imagen de una biblioteca abierta sin restricciones a todo el público, o sea la biblioteca para todos. Por otro lado, se tiene el “célebre” Manifiesto de la UNESCO sobre las bibliotecas públicas que marca la pauta a seguir en las políticas de estas instituciones dentro de una sociedad democrática. Y

por si fuera poco, también se cuenta con las nuevas tecnologías de la información que vienen a tono con la “necesidad” que hay de recuperar y poner a disposición la información que supuestamente “demanda” la sociedad.

Pero después de todo, nos percatamos de que las personas no acuden a las bibliotecas públicas; de que a pesar de que supuestamente vivimos en una sociedad democrática a las personas no les interesa hacer uso de una institución que, supuestamente también, se basa en valores democráticos como la biblioteca pública y de que los servicios de información avanzan tan rápido que hay que actualizarlos antes de que la mayoría de la sociedad haya hecho uso de ellos.

¿Por qué entonces, después de todos estos sobresalientes esfuerzos y de todas las buenas intenciones, la respuesta y el resultado no han sido iguales de sobresalientes?

Una característica fundamental de la biblioteca pública moderna es su trabajo orientado a formar una masa más amplia de lectores, de ciudadanos que se acerquen a la institución para hacer uso de los materiales previamente escogidos y seleccionados.

Pero ésta “democratización” de la lectura, demuestra también, que la finalidad de esta política es crear una capa más amplia de lectores-receptores de las obras que almacena la biblioteca, y no de brindar la posibilidad a los individuos de apropiarse de la cultura escrita a través de su formación como creadores, escritores o simplemente como sujetos que podrían participar de una manera más amplia en la construcción o en la dirección que la biblioteca tomara de acuerdo a los fines de una sociedad civil más organizada.

Es a partir de aquí, que se encuentra la pauta para una redefinición de la biblioteca pública, es decir, definirla como una institución cultural que contemple la participación activa de los distintos grupos sociales en la conformación de su acervo.

Petrucci (1999: 33) dice "... la difusión del libro... ...debería transformarse en una disputa por la reapropiación global de la cultura escrita por parte de las clases subalternas". Más que pensarla como la biblioteca para todos, debemos concebirla como la biblioteca de todos, hecha y conformada por la colaboración de la sociedad en general y para la sociedad misma, con un claro fin común que no permita la enajenación de la cultura escrita de dichas clases subalternas.

Se trata de una búsqueda por la alternativa a una biblioteca pública que represente el espacio comunitario de reunión de la sociedad, más allá de un lugar que da acceso a la información a todos, un lugar para habilitar a los ciudadanos políticamente a través de la cultura escrita, por medio de la cual los individuos puedan participar y contribuir a enriquecer el acervo bibliográfico, así como la memoria histórica de su comunidad y de la sociedad en su totalidad.

Esto es, un lugar en el cual se dé la inclusión y la participación de las personas a través de las prácticas, los textos y demás documentos producidos en ocasiones por ellos mismos y recuperados y almacenados en la colección de la biblioteca.

Pero esta contribución estaría determinada por una nueva relación de la sociedad con los textos, es decir, tendría que verse determinada por una reapropiación de estos por parte de los individuos; por lo tanto, también la tarea alfabetizadora y recuperadora de la biblioteca pública cobraría tanta importancia. Es decir, alfabetizar para expresar y enriquecer la narrativa y la historia, y no solamente para capacitar a los individuos para el trabajo.

Para Freire (1990: 16) el aspecto más importante aquí es que se le otorgue a los individuos la capacidad o posibilidad de reconocer o darse cuenta que la realidad tiene posibilidades de transformación y que la práctica de la lectura y la escritura les va a permitir el intercambio de conocimiento así como la producción o generación de este.

Por otro lado, en la biblioteca pública no existen los maestros, no existen los policías, nadie dice lo que uno debe aprender o lo que uno debe memorizar. La biblioteca pública podría ser un lugar para la libertad y para el desarrollo real del conocimiento.

En nuestra sociedad, existe el rechazo a asistir a las bibliotecas, pero también se rechaza el asistir a la escuela, el aprender lo que dice el maestro. Todo esto no es más que una consecuencia de un sistema jerárquico, regulatorio y dictatorial del conocimiento.

Se va a la escuela a aprender lo que se dicta, a estudiar lo que manda el maestro y a hacer tareas. Algunos sólo obedecen, y otros no terminan ni la primera parte.

Michel Foucault (1999: 45) dice:

La educación, por más que sea legalmente el instrumento gracias al cual todo individuo en una sociedad como la nuestra puede acceder a cualquier tipo de discurso, se sabe que sigue en su distribución, en lo que permite y en lo que impide, las líneas que le vienen marcadas por las distancias, las oposiciones y las luchas sociales. Todo sistema de educación es una forma política de mantener o de modificar la adecuación de los discursos, con los saberes y los poderes que implican.

La situación es que la biblioteca necesita algo más que ofrecer para dar significado a su espacio y a su acervo. Necesita ofrecer a los individuos la oportunidad de participar, de desarrollarse, de organizarse y de considerarse incluidos en la biblioteca.

Pero ésta inclusión debe verse fundamentada en una nueva perspectiva de la biblioteca para realizarse al menos como posibilidad. Esta institución necesita ver a los individuos como partes incondicionales de la construcción de ella misma; porque más que paredes y libros, la biblioteca es el espacio donde la participación cultural de las personas se solidifica para ser parte de un gran acervo.

La biblioteca pública en teoría, brinda el acceso “gratuito” y “sin discriminación” a todo tipo de personas a los fondos que ella guarda, y se espera que más personas hagan uso de los materiales y que aumente el número de lectores.

Sin embargo, ya que observamos que numerosas capas de nuestra sociedad o que un gran número de personas no cumple con esta meta, debemos comenzar a preguntarnos si nuestra perspectiva cultural es la adecuada.

Existen diversos sectores de la población que se han visto alejados de su participación o su acercamiento a la biblioteca pública. Estos son mayoritariamente indígenas, gente sin casa, zonas totalmente marginadas de las urbes como son las orillas de las ciudades o los pequeños pueblos alejados de estas, así como otros grupos comunitarios como etnias minoritarias o tribus urbanas.

Desde otro punto de vista, estos grupos siempre se han visto excluidos de cualquier proyecto de biblioteca: Las bibliotecas tienen la tarea de adquirir y seleccionar un cierto cuerpo de obras y ponerlas a disposición de los usuarios, ¿pero quiénes escriben tales obras; quién determina tal selección de obras y porqué?

Las obras que constituyen el acervo de una biblioteca, han seguido la norma de un patrón determinado, no a través de una regla bibliotecaria cualquiera, sino a través de una visión estrecha del mundo y de un planteamiento de la apropiada educación de los individuos. De este patrón habla Armando Petrucci (1998: 526) pero él lo distingue con el nombre de canon:

Nuestra tradición literaria occidental ha elaborado uno, suficientemente amplio para satisfacer las necesidades de la industria editorial, pero también lo bastante rígido para reproducir los valores ideológicos, culturales y políticos que están en la base de la visión del mundo occidental desde hace dos siglos hasta este momento y que comprende autores y obras desde Homero hasta los *maîtres á penser* del Collage de France.

Y Petrucci (1998: 528-529) va más allá y muestra cómo ésta perspectiva se encuentra reflejada desde la estructura del sistema de Clasificación Decimal Dewey, desde que las ciencias bibliográficas con la apariencia del tecnicismo objetivo, pero en realidad y más bien con un marcado “ideologismo” han dado durante siglos, ciertos criterios de selección o “interdicción”, así como “jerarquías de valores” que al ser elementos intrínsecos del sistema de conservación y circulación, han llegado a significar, de una manera mecánica, la fuente de autoridad tanto para la opinión pública como para los lectores y el público en general, que es quien consume.

Y lo interesante de esto es que a pesar de ser una manera arbitraria y conservadora de organizar el conocimiento humano, es muy significativo que actualmente siga vigente un sistema de clasificación tan coercitivo que impone la manera en que el libro se coloca y circula.

Molz (2001: 33) utiliza las palabras pronunciadas por Harold Bloom sobre este tema que señala que de alguna manera, indirectamente, el canon siempre sirve a los intereses políticos, sociales y hasta espirituales de las clases más altas dentro de esta civilización occidental.

Cuando se ve en un panorama más amplio cómo la política democratizadora o hegemónica de la lectura está destinada a engrandecer el número de lectores, y que la selección se basa en un canon preestablecido como lo describe Petrucci, se puede notar que la biblioteca también ha cumplido su función pedagógica como lo ha hecho la escuela, la iglesia o la televisión.

Todo este ideal democrático de la lectura pública con una tradición de la Public Library, refleja que se considera como parte integral de la democracia una sociedad lectora, una sociedad receptora y regulada por los textos, más no una sociedad productora de ellos.

Este bello ideal democrático revela una podrida intención más de monopolización de la cultura escrita y de distribución del conocimiento. No se asiste a la escuela para el dictado del profesor, pero mecánicamente se conforma el acervo con el cual se va a regular o a ideologizar a la población.

Las analogías con el sistema bibliotecario en la Italia fascista vienen a colación, y no tal vez de una manera tan rigurosa, pero no hay mucho más que decir cuando nos referimos al asunto de los lectores receptores.

Más allá de la retórica democrática del manifiesto de la UNESCO, o de la preocupación por servir a la democracia, la biblioteca debe contemplar su razón de ser.

Se ha visto que la democracia actual y la propaganda van de la mano; también, que el discurso funcional democrático ha servido para la legitimación de genocidio y exterminio étnico en muchas partes del mundo, y que sin embargo, los medios de comunicación trabajan al lado de los gobiernos para limpiar la imagen de una democracia normativa e impuesta. Es decir, ya tenemos escuelas, tenemos prensa escrita, también tenemos la radio y la televisión, y ahora Internet; o sea, suficientes medios para informatizar y hacer propaganda para confundir a la sociedad.

En la Italia de principios de siglo, cuando la televisión no existía aún, las escuelas, la iglesia y las bibliotecas eran el mejor medio para adoctrinar y politizar a las masas; como vimos, se creaba un cierto cuerpo de obras y políticas destinadas a la ideologización de la sociedad. Sin embargo, en nuestros tiempos, las bibliotecas públicas continúan con las prácticas de selección y adquisición de su colección de acuerdo a un esquema basado en lectura pública para las masas, en apoyo a la educación y en necesidades de la comunidad.

La tarea de una biblioteca pública que sirve a la sociedad y que pretende la inclusión de los grupos marginados, debe basarse en una nueva manera de incitar a la participación de la sociedad, no sólo como lectores, sino como escritores y productores de la colección en general.

Si como dice Petrucci, existe un canon de obras que reproduce valores culturales e ideológicos propios de esta cultura occidental, entonces es preciso pensar en el enriquecimiento y en la ampliación de este a través de la recolección de nuevas narrativas y textos que se produzcan por otros individuos y otros grupos que no han visto esta posibilidad anteriormente.

No solamente es necesario por la razón de que la biblioteca no sea un organismo con función de adoctrinar masas, sino también porque es necesario incluir el testimonio y la historia de partes de la población que han quedado excluidos de esta posibilidad, y por lo cual a la memoria histórica de los pueblos podría hacerle falta la narrativa de los marginados y de los excluidos. Es la posibilidad de enriquecer la historia con lo que Foucault llama “memoria aleatoria”.

Pero no es una eliminación de estas obras “canónicas” o una “limpieza” lo que se consideraría específicamente necesario; sino más bien sería una apreciación más amplia de lo que significaría a largo plazo, para la sociedad, la introducción de nuevos documentos e historias que podrían servir y afectar la manera en que se vea el presente y el futuro, y no nada más quedarse con una visión canonizada o inmediata de las necesidades de la comunidad.

Chartier (1999) observa una cuestión que debe ser tomada en cuenta no solamente por quienes manejan las bibliotecas nacionales, sino también por aquellos que diariamente trabajan y se relacionan con todo tipo de personas que al final son estas las que se acercan a las colecciones en las bibliotecas públicas. Según él, "la posición que consistiría en hacer una selección conllevaría riesgos enormes porque implica criterios de selección de nuestro tiempo que no tomarían en cuenta el interés histórico o documental de un tiempo futuro."

Una perspectiva basada en lo que demanda el usuario, en lo que se lee o se usa más, no solamente traería la reducción de la colección cualitativamente, sino que se encontraría en contradicción con el objetivo histórico de la biblioteca pública.

Así lo señala Molz cuando dice que la política de asignar roles localistas a las bibliotecas públicas “inhibe” una característica muy importante de la biblioteca

pública, esto es, su rol como “instrumento de cambio”, lo cual tiene más relevancia y se encuentra más allá en cuanto a la “influencia” y las consideraciones de las que muestra una determinada comunidad.

Por otro lado, se puede ver que esta “filosofía” de darle al público lo que pide, no sólo se ha arraigado en el discurso del área bibliotecológica, sino que también lo podemos encontrar dentro del área editorial y dentro de la cual se hace más prominente por sabidas razones de mercado.

Así, André Schiffrin (2001: 63) en *la edición sin editores* repasa los antecedentes de esta visión mercantilista de la edición y se refiere a la época de Reagan y Thatcher en la que los dueños de las editoriales trataban de “justificar” estos movimientos mercantiles argumentando que no podían permitir que las élites impusieran su visión o sus valores a la demás masa lectora; por lo tanto ellos consideraban que el público debía decidir lo que quería leer y que ellos no podían hacer nada si cada vez más, el público demandaba cosas más vulgares.

Por eso, la observación de Petrucci sobre el canon occidental es más valiosa. Porque en una economía global, en la que las empresas privilegian lo que se vende y se demanda más, la búsqueda y el enriquecimiento de nuevas alternativas, de nuevos públicos debería determinar la política de selección y adquisición de las bibliotecas públicas; no menospreciando el gusto o la capacidad intelectual de las minorías, o mayorías, según sea el caso, sino trabajando por contrarrestar la depuración económica, tecnocentrista y política del conocimiento

Sería tal vez un punto a considerar, el hecho de que nuestra memoria histórica se basa en los textos de los antropólogos, historiadores, sociólogos y demás especialistas y estudiosos del hombre, la cultura y la historia, pero el acervo de la

biblioteca no se ha conformado aún de textos y narrativas suficientes producidas por aquellos que han sido el objeto de estudio o que no han contado con las herramientas necesarias para lograrlo. Como se verá más adelante, este fenómeno forma parte de un complicado sistema de exclusión de los discursos.

Jaques Le Goff (1991: 181) remarca la importancia de la memoria para los pueblos cuando dice que esta es un elemento indispensable para la formación de la identidad tanto individual como colectiva; y que también constituye una búsqueda esencial en todas las sociedades.

Es en definitiva una de las tareas del aparato bibliotecario el hacerse cargo de un problema tan importante como este y acudir con estos grupos marginados y discriminados para darles lo necesario con la finalidad de obtener y rescatar sus testimonios orales, escritos o audiovisuales que podrían formar parte de una memoria colectiva más amplia y más legítima que la que nos proporciona la televisión o la prensa.

Porque se sabe que el exterminio de pueblos es cosa de todos los días, y porque se sabe también que la manipulación y monopolización de la memoria colectiva afecta nuestra manera de ver y por lo tanto de actuar frente a este tipo de situaciones, es necesario que la biblioteca pública comience una nueva práctica de recuperación de estos “archivos” tan importantes para nuestra memoria histórica.

En casos extremos como el de Bosnia Herzegovina, en el que las instituciones comunitarias como las bibliotecas y los museos fueron destruidos, se puede ver lo importante que es la memoria escrita para un pueblo: todos los registros históricos, manuscritos judíos, musulmanes, o registros de propiedad fueron quemados, por lo cual, sin documentos que lo avalen, estas personas no tienen ninguna historia dentro

de ese territorio; los serbios nacionalistas trataron de borrar cualquier indicio de la existencia de cualquier otro grupo étnico dentro de ese lugar (Riedlmayer, 1995).

Sin embargo, quemar los archivos no es la única manera de borrar la existencia de pueblos; la desaparición de su memoria puede llevarse a cabo de formas más sutiles también.

Le Goff (1991: 181) puntualiza “la memoria colectiva, sin embargo, no es sólo una conquista: es un instrumento y una mira de poder”. También dice que es parte de una lucha por apropiarse de lo que se recuerda y por lo tanto una manipulación de la historia lo que se encuentra en juego. No solamente en los pueblos del pasado y con tradición oral, pero también en la actualidad con todos los registros escritos y electrónicos quien tiene el poder de manipular la memoria, es quien “escribe” la historia.

Foucault (1999: 14) observa que:

En toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad.

Para Foucault (1999:15), todos estos son procedimientos de exclusión del discurso que se deben a que el discurso, según él, “es aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha”.

Dentro de los varios sistemas de exclusión de los que Foucault (1999: 20-21) habla, uno de ellos, y al parecer, el más importante, es el que ha tomado a los otros para fundamentarlos. Este se denomina “la voluntad de verdad”. El autor observa

que más o menos en los siglos XIV y XVII apareció lo que él llama una voluntad de saber, que comenzó a identificar aquellos objetos que podían clasificarse; posicionó al sujeto dentro de cierta función; y dictó cierto nivel técnico del que los conocimientos debían dar cumplimiento para ser verificables.

En pocas palabras, esta voluntad de saber, la refiere Foucault a las transformaciones científicas que estaban teniendo lugar en esa época.

Y finalmente señala que esta voluntad de verdad, se encontraba basada en todo un cuerpo de instituciones dedicadas a su conservación y distribución. Foucault (1999: 22) habla aquí de “la pedagogía, el sistema de libros, la edición, las bibliotecas, las sociedades de sabios de antaño, los laboratorios actuales”.

Foucault (1999: 22) concluye diciendo que la voluntad de verdad también se acompaña, y sobretodo, por la manera en que el saber se pone en práctica en una sociedad; “en la que es valorado, distribuido, repartido y en cierta forma atribuido”.

¿Cuál es la manera en que se valora el saber en nuestra sociedad?. ¿Sería posible qué de ahora en adelante, con el poder de las corporaciones para comprar y diseminar la información, el saber sea valorado en puros términos monetarios? ; ¿o se comenzará a revisar hasta qué punto las bibliotecas se han encargado de excluir las alternativas discursivas y las memorias aleatorias?

Y bien es cierto que si se observa a lo largo de la historia quien se ha apropiado de la escritura, nos daremos cuenta que han sido los más poderosos los que la han monopolizado. Y otra vez Le Goff (1991: 182) comenta como aún en las sociedades más desarrolladas, los archivos y registros diversos, han sido manipulados por los distintos grupos de poder o por los gobiernos; y hace notar, que en nuestro tiempo, la posibilidad de hacer esto se obtiene no solamente por los medios tradicionales que

anteriormente se usaban, sino también por medio de los modernos medios de comunicación masiva como son la radio y la televisión. Y tal vez sería oportuno preguntarse si las bibliotecas públicas no cumplirán pronto la misma función al encontrarse bajo el yugo de la tecnología.

Y los medios no solamente han estado al servicio del gobierno para la manipulación de la información como lo dice Le Goff; estas grandes empresas del entretenimiento, también están contemplando las diferentes formas de integrar nuevos rubros que manejar dentro de su emporio. Schiffrin (2001: 43-44) habla de cuando RCA, la enorme corporación dedicada a la electrónica, compró la casa editorial Random; y recuerda como a partir de eso se les comenzaron a “imponer” normas de rentabilidad que no era posible satisfacer ya que RCA decidió incorporar las ganancias de la editorial dentro de lo que se esperaba ganara la empresa en total, o sea contando por igual todas sus ramas. Es decir, la empresa nunca tuvo en mente algún otro propósito con la adquisición de Random más que el beneficio económico.

Y así como este caso, muchos otros de editoriales compradas por grandes corporaciones que después de comprobar que no se obtenían las ganancias esperadas, se deshacían de ellas y las dejaban desamparadas y sin posibilidad de comenzar de nuevo.

Por otra parte, Schiffrin (2001: 68-69, 76-77) considera que hay un peligro latente para la industria editorial con toda la nueva tecnología de la información ya que, según observa, muchos editores hablan cada vez más de “concentrarse en la punta de la jugosa pirámide de la información” con la finalidad de poder poner a disposición de las personas el contenido de los libros a través de las computadoras.

Y lo que le preocupa a este autor es el hecho de que estas personas y grupos consideran que esta es un área sumamente rentable, y por lo tanto podría suceder que se comience a considerar la ganancia para definir la política editorial de ahora en adelante; cosa que ha venido sucediendo con cadenas como Barnes & Noble quienes exigen un pago adicional a los editores por anunciar sus libros, y por lo cual los pequeños editores, aquellos que buscan y trabajan por libros de calidad y no comerciales, al no poder cumplir con estos requisitos, se encuentran en desventaja para que sus libros sean visibles y por lo tanto no se vendan.

Evidentemente, estas cadenas buscan la rentabilidad al máximo (sin mencionar sus relaciones políticas con grupos de derecha) y no toman en cuenta la calidad de lo que se publica y por lo tanto, el mercado de los libros se encuentra muy desequilibrado. Obviamente la publicación de *Bestsellers* es lo que esas corporaciones están persiguiendo, mientras que libros “serios” no encuentran las mismas oportunidades de publicidad y consecuentemente de venta y en muy poco tiempo se encuentran con el estúpido destino del *out of print*.

Por esto la biblioteca pública tiene que apartarse de la cultura oficial y comercial y ubicarse como un organismo que combata estos robos de la memoria que pueden darse a través de la propaganda y la desinformación y estas censuras económicas que fomentan los medios de comunicación y las grandes corporaciones y en cambio, permitir que todos los testimonios, textos y documentos no institucionalizados o comercializados se recuperen para combatir también esa tendencia hacia un canon predeterminado de obras, que sólo beneficia a los más poderosos y más ricos, y de esta manera dar nuevas posibilidades y enriquecimiento a la biblioteca.

La importancia que adquiere la recuperación de los panfletos, folletos, volantes o manifiestos de los grupos diversos es indudable. Grupos disidentes que se manifiestan o grupos de activistas que de manera independiente y no oficial generan y publican sus documentos y sus boletines informativos deben ser tomados en cuenta al momento de la construcción de la colección de la biblioteca pública, y no se trata específicamente de una determinada biblioteca pública, sino que se está hablando de la biblioteca pública genéricamente y por lo tanto como modelo.

La relevancia que han tenido este tipo de publicaciones y documentos para los movimientos sociales, las revoluciones o protestas no puede ser simplemente ignorada u olvidada ya que, además de su aportación bibliográfica como testimonio de algún fenómeno social, estos documentos generalmente dan testimonio narrativo de la memoria colectiva de una nación o de un grupo social o de una gran parte del mundo si refiere por ejemplo al llamado movimiento “alter-globalización”.

Roger Chartier (1999: 151-152) orienta este tema cuando explica que en la Revolución Francesa no fueron las lecturas de los autores como las prácticas de lectura las que influyeron más en la consumación del movimiento. Y lo que él critica es la idea de “considerar que las ideas transformadas en textos, y los textos transformados en libros, imponen su contenido a los sistemas de representación de los lectores, llevándolo finalmente, si son ideas revolucionarias, a una ruptura decisiva con el Antiguo Régimen”.

Y también comenta la relevancia que tuvieron obras como los panfletos y los folletos y todas esas obras pornográficas que se leían por el pueblo en ese tiempo y que aunque no fueran obra de un mero carácter intelectual, político o filosófico, sirvieron a la causa de la Revolución ya que de alguna manera hacían una denuncia de todas las

degeneraciones y orgías que se llevaban a cabo en la corte y en la aristocracia francesa.

Parece que estas publicaciones tenían más importancia por su calidad de instrumentos que aunque no tuvieran un discurso revolucionario, mostraban en su contenido el rechazo al Régimen y a la monarquía, por lo tanto funcionaron en pro de la Revolución.

Más adelante, Chartier (1999: 152-153) pregunta: “¿no debería darse más importancia no tanto a la lectura en sí misma como a sus prácticas ordinarias...”, porque para este autor, el observar estas prácticas enriquece la visión de lo que los individuos leían y por medio de que cosas iban encontrando su manera de distanciarse del Régimen y lo cual al final fue decisivo para este cambio político y social. Esto es exactamente esa ruptura con la cultura oficial, no necesariamente una ruptura contraria a la Revolución, pero una ruptura con el orden político que sin embargo contribuyó a la Revolución.

Además, este ejemplo muestra claramente la importancia que tienen esta clase de textos (panfletos, boletines, folletos, inclusive pintas en las paredes) para la sociedad, y por lo cual merecen una atención más cuidadosa para que sean considerados como parte de un archivo, de una colección.

Y esta sería la manera en que la biblioteca podría contribuir al cambio social: no perpetuando las mismas prácticas hegemónicas o enajenadoras y excluyentes como hasta ahora lo ha estado haciendo, sino trabajando para que la sociedad se apropie de la cultura escrita y a través de una nueva valoración e inclusión de nuevas narrativas se participe en la construcción de un archivo, de una colección que parta de valores como diversidad, inclusión y emancipación de la sociedad, y que no sea impuesta por

los intereses de clase, ni por los sistemas de exclusión discursivos, ni por los grupos del poder corporativo, sino que se muestre como espacio alternativo para propuestas literarias y artísticas no comerciales y para iniciativas políticas no oficiales o dominantes.

Los bibliotecólogos hablan de satisfacer las necesidades de información de la comunidad bajo los parámetros de uniformación y eficiencia que se siguen en la práctica bibliotecaria; y por supuesto de realizar su trabajo con profesionalismo.

Entonces, un bibliotecólogo y profesional de la información estaría preparado para hacer la selección de las obras que van a componer el acervo de una biblioteca, por lo tanto también será capaz de desarrollar la colección de ésta, que sería determinada por las necesidades de información de la comunidad.

Pero como se señala anteriormente, la selección de los materiales es un trabajo muy complicado que no puede ser basado solamente en la eficiencia del bibliotecario, sino más bien en la cultura y el conocimiento general de este. Ya George Steiner (1999) señaló en una ocasión a propósito de las bibliotecas, que "nadie tiene el valor para decir a priori: *esto ya no tendrá valor para nadie*".

Para este filósofo, este es un problema ético, es decir que no hay persona alguna que tenga la autoridad moral para decir que se queda y que se desecha, porque es cierto que no se puede saber si para alguna persona un volante o una propaganda tiene tanto significado que decide incluirlo en la creación de una gran novela, o si un libro de Shakespeare podría nunca ser consultado.

Y todo esto quiere decir también que las necesidades de información de la comunidad podrían ser bastante relativas o podrían no tomarse como algo bien determinado, por lo tanto la selección debe basarse en criterios más amplios que

contemplan la historia de la filosofía y la literatura y la importancia de las bibliotecas y sus materiales en la construcción de las grandes obras del pensamiento, y sólo así se podría disminuir este acto de "inmoralidad" que se presenta al difícil oficio del bibliotecario.

A propósito de esto, Steiner cuenta la anécdota de una colección de folletos de un bar que contenían la lista de canciones que se ofrecían cada noche y que cuando alguien llevó a donar esta colección a la New York Public Library, en principio fue rechazada, pero que de alguna manera se quedó en los sótanos de la biblioteca y años después, se dieron cuenta de que esas listas de canciones se encontraban en la obra *Ulises* de Joyce; lo cual quiere decir que este autor se nutrió de todos estos folletos que son parte de esta famosa y ahora clásica obra.

Pero ahora que lo único que se tiene en mente es la automatización y la prioridad de las nuevas tecnologías de la información, este tipo de apreciación literaria quedaría opacada sin la menor duda.

Es necesario considerar que el rol que tiene la biblioteca pública en la sociedad está más allá de cualquier obediencia a los pedidos de una comunidad local o a la movilidad de la tecnología de la información, ya que esto implica que se privilegien cuestiones más operativas e instrumentales sobre las más trascendentales, al igual que **la cantidad sobre la calidad**, y consecuentemente, esto último no se traduciría en **términos de libertad, enriquecimiento cultural o diversidad.**

Y lo más importante: si la biblioteca pública no muestra alternativas a toda esta red represiva y discriminatoria del conocimiento, entonces lo que se ve afectado es el espacio público que ofrece la institución, ya que al cerrar alternativas, cerraría también "puertas" y por lo tanto no brindaría inclusión, sino que mostraría

indiferencia y pasividad con una imagen restrictiva y positivista de la cultura; y por supuesto, excluyente.

Las bibliotecas públicas no pueden dejar de ser instrumentos para el cambio social; y si estas dejan de mostrar su utilidad para alcanzar este fin, ¿entonces qué espacios les quedan a los individuos para poder emanciparse y cambiar su realidad?

Castoriadis (1991: 10) apunta:

No hay ningún privilegio de la realidad, ni filosófico ni normativo; el pasado no vale más que el presente, y éste no es modelo sino materia. La historia pasada del mundo no está de ninguna manera santificada – y podría ser que estuviera mas bien maldecida – por el hecho de que ha descartado otras historias efectivamente posibles. Éstas tienen tanta importancia para el espíritu, y tal vez más valor para nuestras actitudes prácticas, que la historia “real”.

Como el posible espacio incluyente y político que la biblioteca pública puede llegar a ser, el ejemplo más adecuado proviene también de Italia durante la época intermedia entre la reunificación y el fascismo. Dentro de este período de tiempo, las personas lograron construir un espacio colectivo que les brindó oportunidades de reunión y organización como alternativas a la hegemonía fascista.

Este espacio se llamo “*La casa del pueblo*” o “*Casa del popolo*” y sirvió como un lugar donde se unieron heterogéneamente los distintos grupos de resistencia de la época a principios del siglo XX.

Margaret Kohn (2003: 3) habla de cómo este espacio, constituyó un símbolo de resistencia en sí mismo; es decir, que la importancia material y estructural que tuvo dentro del contexto social fue determinante para la construcción de comunidades y para la agregación social.

Los espacios no solamente ocupan un lugar físicamente visible en el paisaje de una ciudad; éstos tienen propiedades simbólicas que corresponden a la valoración, el significado y la función que la sociedad les imprime, y por lo tanto, pueden servir tanto al cambio social, como a la represión y a la prevención del surgimiento de alternativas discursivas y políticas que se pudieran dar en determinados momentos de la historia.

Y dice Kohn (2003: 4) que las propiedades simbólicas de ciertos espacios, podrían ser consideradas como recursos indispensables para proyectos políticos transformadores. Como ella observa también, los espacios políticos son tan importantes porque debido a su condición o propiedades físicas como lugares distintivos y adecuados para desarrollar nuevas identidades y prácticas, se prestan para realizar el cambio como ningún otro espacio lo permitiría.

Y esta observación se refuerza a través de las referencias existentes con bibliotecas públicas y otros espacios que han servido a determinados proyectos políticos que sólo han traído exclusión y represión. El espacio en general, y sobre todo el espacio público puede ser utilizado de la misma manera con la única finalidad de control social. Por lo tanto, este será parte del juego de disposiciones de quienes toman el control y definen el proyecto político a desarrollar.

La casa del pueblo se desarrolló en varias partes de Europa y en varias de estas tuvo mucha importancia y significado. Sin embargo, Kohn (2003: 108) señala que hubo lugares en los que espacios similares a la casa del pueblo fueron construidos por organizaciones de caridad o el gobierno y que a pesar de todo, nunca funcionaron.

Cuando estos espacios tan simbólicos, no muestran las condiciones necesarias para que la sociedad se apropie de ellos, estos se vuelven estériles y nunca encuentran la manera de obtener correspondencia por parte de las personas.

Una muy buena observación sobre esta condición política de los espacios construidos por instituciones y organizaciones que desconocían todas estas relaciones entre espacio y sociedad y que por lo tanto fracasaron en determinados países europeos, la hace Kohn al citar a Marco de Michelis (En Margaret Kohn 2003: 108): El dijo que los “arquitectos, los urbanistas... .. olvidaron que la casa del pueblo era no sólo para el pueblo sino por el pueblo. Fue el fruto de la solidaridad generada a través de la lucha y sostenida a través de la auto gestión democrática, y por lo tanto no podía ser generado o remplazado ni por los más inspirados esfuerzos filantrópicos”.

Las bibliotecas públicas podrían significar el nuevo espacio de agregación social que los individuos necesitan. Sin embargo, seguir funcionando bajo la misma lógica de distribución, valoración y repartición del conocimiento que hasta ahora ha existido no las va a llevar más que a la privatización y la exclusión de alternativas.

La biblioteca por todos es el verdadero significado que esta institución como espacio público debe mostrar. La biblioteca podría simbolizar el nuevo proyecto político de la sociedad. Un proyecto de resistencia hacia la privatización de las ideas y los espacios públicos y en contra del empobrecimiento la reducción de la valoración del saber y de la memoria colectiva.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Castoriadis, Cornelius (1991). Los intelectuales y la historia. En Revista Universidad de México. No. 484 (Mayo de 1991). P. 6-10
2. Chartier, Roger (1999). Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier. México: Fondo de cultura económica. 271 p.
3. Chartier, Roger (1999) en El mundo del papel (video). Francia: Biblioteca Nacional de Francia.
4. Foucault, Michel (1999). El orden del discurso. Barcelona: Tusquets. 76 p.
5. Freire, Paulo (1990). Alfabetización: lectura de la palabra y lectura de la realidad. Barcelona; México: Paidós; Madrid: Ministerio de educación y ciencia.
6. Kohn, Margaret (2003). Radical space: *building the house of the people*. U.S.A: Cornell University Press. 203 p.
7. Le Goff, Jacques (2001). El orden de la memoria. El tiempo como imaginario. Barcelona: Paidós. 275 p.
8. Mezhuiev, V (1980). La cultura y la historia. URSS: Editorial Progreso. 279 p.
9. Michelis, Marco De (2003: 108) en Margaret Kohn Radical space: *building the house of the people*. U.S.A: Cornell University Press. 203 p.
10. Molz, Redmond Kathleen (2001). Civic space/cyberspace: *The American public library in the information age*. USA: MIT press. 259 p.
11. Petrucci, Armando (1999). Alfabetismo, escritura y sociedad. Barcelona: Gedisa. 319 p.
12. Petrucci, Armando (1998) en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier. Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus. 585 p.
13. Riedlmayer, Andrés. Erasing the past: the destruction of libraries and archives in Bosnia Herzegovina.
Disponible en: <http://w3fp.arizona.edu/mesassoc/Bulletin/bosnia.htm>
Fecha de consulta: 29 de Octubre de 2003.
14. Schiffrin, André (2001). La edición sin editores: *Las grandes corporaciones y la cultura*. México: Era. 97 p.
15. Steiner, George (1999) en El mundo del papel (video). Francia: Biblioteca Nacional de Francia.

CAPÍTULO 3. TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN Y BIBLIOTECAS PÚBLICAS: HACIA UNA REDEFINICIÓN DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA

3.1. Tecnologías de la información y bibliotecas públicas

En la actualidad una de las cuestiones a las que con mayor frecuencia recurre en las discusiones sobre las bibliotecas en general, es el de la integración de las nuevas tecnologías dentro de las tareas diarias de estas.

Es una cuestión que abarca asuntos de almacenamiento, recuperación y difusión de la información y que contempla la participación de los bibliotecólogos como los profesionales que juegan el papel más importante para su aprovechamiento óptimo.

Como espacios públicos las bibliotecas públicas se encargarían de poner a disposición de las personas las modernas tecnologías de información para que ellas puedan satisfacer sus necesidades de información a través de estas y no queden excluidas de su uso.

Otra característica importante de la condición de la biblioteca pública moderna es que esta se contempla en un contexto social informatizado definido como *la sociedad de la información*. Dicha sociedad basaría su dinámica en la mediación de los servicios de información que se encuentran en el mercado. Por lo tanto, la cuestión

más importante en este momento es la relación que las bibliotecas y las empresas productoras de tecnología de la información establezcan.

Actualmente es muy recurrente el encuentro con literatura que aborda este tema dentro del acervo bibliotecológico. Y no solamente el tema de la sociedad de la información, sino también el del ciberespacio es algo que ocupa ya muchas páginas de los libros y revistas de la investigación bibliotecológica.

Sin duda, estos dos rubros demandan ser explotados y analizados debido a las posibilidades que representan para las bibliotecas en general, tanto para su funcionamiento, como para su enriquecimiento.

Un tema frecuentemente comentado tanto en el colegio como en los eventos públicos sobre bibliotecas es también el que trata de que el acceso al ciberespacio debe darse en las bibliotecas públicas ya que estas serían las más adecuadas para poner a disposición los medios y la información a todas las personas.

Sin embargo, es preciso identificar las verdaderas cuestiones de importancia en el contexto en el que se presenta la situación del ciberespacio.

En la sociedad de la información son muy importantes las bibliotecas públicas. Estas serán las encargadas de abrir a las personas las puertas a las nuevas tecnologías de la información y al ciberespacio. Pero para que esta situación suceda es necesario que las empresas productoras de tecnología les provean previamente todos los productos que la sociedad de la información necesite.

Las bibliotecas públicas y la sociedad de la información necesitan de las empresas para su realización. Las bibliotecas públicas ahora dependen del mercado tecnológico.

Parece que ahora el tema de la diseminación de información esta muy relacionado con la tecnología de la información. Y los bibliotecólogos se preocupan por la necesidad de poner a disposición de los usuarios la información que supuestamente necesitan y demandan. Sin embargo, es una cuestión que va más allá de la inmediatez del bibliotecario y su comunidad.

En un modelo de sociedad basada en la producción de tecnologías de información y dependiente de las políticas empresariales, es una posibilidad que se necesite crear un mercado más amplio para vender los servicios de información a las personas. Esto quiere decir que la venta y distribución de los productos tecnológicos dependerá de la mercadotecnia y la publicidad que se les dé por parte de los encargados de anunciarlas, en este caso, las bibliotecas públicas.

Porque no necesariamente existe una demanda de estos servicios que debe ser satisfecha, sino más bien hay una sobre producción de ellas y es necesario crear un mercado y clientes para su consumo. Geir Vestheim (1994) comenta que el asunto de la información en nuestra sociedad, es una cosa que las personas podrían estar entendiendo en términos de producción y distribución, y sería por esta razón por la que las necesidades de información estarían directamente relacionadas con la cantidad de información que se produce, y esto se reflejaría claramente en la gran presión económica que existe para vender esta información.

Es decir, que las famosas y tanto mencionadas "necesidades de información" podrían encontrarse directa o indirectamente relacionadas con cierta presión ejercida por las empresas para vender la información o más bien la tecnología de la información producida. Y esta tendencia es la que hay que combatir, una tendencia que se hace hegemónica ya que implica la informatización del individuo como el paso

necesario a una sociedad más democrática, mientras la realidad es que este sólo es visto como un consumidor del producto informático.

Parece que son ahora las empresas quienes buscan redefinir el papel de las bibliotecas públicas dentro de un contexto comunitario definido y delimitado por la capacidad de acceso a la información digitalizada la cual se determina por el grado de consumo de tecnología de dicha sociedad.

Un testimonio muy claro son las recomendaciones dirigidas al sector de bibliotecas públicas con incisos como: “estimular el mercado de productos telemáticos”; o “proyectos sobre nuevos modelos para pequeñas bibliotecas públicas basados en servicios en red” que se pueden contemplar en el sitio electrónico www.cordis.lu/libraries/es/plis/study.html#rol.

Por otro lado, la dinámica de los servicios de información implica nuevas formas en la relación de proveedores y consumidores.

Los proveedores de estos servicios han mostrado una nueva cara al mundo y amablemente deciden regalar en vez de vender sus productos a instituciones como las bibliotecas públicas con la finalidad, según ellos, de dar acceso a las mayorías a estos servicios. Sin embargo, lo que sucede es más bien que la manera de hacer negocios con los servicios esta cambiando; en vez de vender los productos informáticos, las **empresas** regalan el software o el hardware y después obtienen beneficios por la renta del servicio que se hace permanente y por lo cual la institución favorecida con el regalo, se hace dependiente de la empresa bienhechora.

Estas estrategias de las empresas de la tecnología de información funcionan como un círculo de dependencia: cada vez que una persona o una institución se incorpora al ciberespacio a través de los programas que estas corporaciones producen

y se enlaza con los demás conectados, el software, así como el hardware y los demás servicios que estas empresas ofrecen, incrementan su valor y por lo tanto su capacidad de atracción.

Y todo esto sin mencionar que se vuelvan necesarios en un momento dado para ser compatibles con los demás programas y así hacer posible la comunicación con los demás “usuarios”.

No es una situación de independencia de la que gozan las bibliotecas precisamente, y sin embargo los bibliotecólogos siguen repitiendo como máquinas programadas que la introducción de la tecnología de la información es la prioridad número uno en las bibliotecas y nunca se toca el punto de la dependencia de las corporaciones y de la censura económica que esto conlleva.

Es una situación en la que el mercado y la dinámica de este determinaría la situación funcional y social de las bibliotecas públicas, sin tomar en cuenta que en algún momento dado se llegue a cobrar por los servicios que la biblioteca se encuentre brindando. Es una situación en la que el control no lo ejercería directamente el estado, sino que en este caso serían las corporaciones quienes tomarían el control de las bibliotecas públicas.

Molz (2001: 186-187) señala que los productores de las tecnologías de la información han obtenido un control sobre la información que nunca antes había sido contemplado, y por lo cual los consumidores pueden haberse convertido en rehenes de la tecnología y de los dueños de estas corporaciones.

Las bibliotecas públicas se convertirán en los consumidores y en los distribuidores de los productos telemáticos y se encontrarán por lo tanto al servicio de las corporaciones multinacionales dueñas de la tecnología de la información.

Todo forma parte de la nueva economía global de los servicios. Bill Gates se compromete a proveer de software a las bibliotecas públicas y así asegurar un mercado seguro y amplio en todo el mundo. Sin embargo, no se sabe si es posible confiar en corporaciones de magnitudes transnacionales como Microsoft.

Jeremy Rifkin (2000: 124-125) muestra que Bill Gates al querer crear una versión en línea de la enciclopedia británica y no obtener la autorización necesaria, decidió comprar otra empresa y así crear su propia enciclopedia que es la famosa Encarta, y lo cual trajo la respuesta en línea de la Británica y su paso a ser un servicio aprovechado más óptimamente por la publicidad y los anunciantes.

Y lo que este autor observa es que ésta es una nueva manera de ver tanto los negocios como la entrega de productos. Ya no trata tanto de la venta establecida de tal o cual producto de manera que en el momento del pago la relación entre el vendedor y el consumidor queda concluida, sino que ahora se establece una relación en la que los productos se toman más como “plataformas” que pueden ser mejoradas o modificadas posteriormente y por lo cual su valor se incrementará y la relación de venta se extenderá a una relación de servicio (Rifkin, 2000: 123).

Por otra parte, esta economía basada en los servicios que las empresas brindan a los usuarios implica una nueva dinámica en cuanto a la manera de relacionarse con **la cultura.**

Así como ahora un simple día de campo se ha convertido en la renta de algún servicio turístico ofrecido por alguna empresa dedicada al *ecoturismo*, todas las **experiencias culturales** como el ir a la biblioteca a leer o estudiar un libro, se volverá **más bien un servicio** en el cual los libros, las enciclopedias, los conciertos, el museo y **las bibliotecas serán puestas a disposición del usuario en su propia casa o en la**

biblioteca, a través de su computadora, siempre y cuando haya cubierto su cuota para acceder a tal servicio.

Parece que la finalidad de esta sociedad de la información es más bien hacernos dependientes y no libres del control corporativo y económico. Por otro lado, el grado de exclusión que conlleva tal tipo de sociedad es demasiado alto como para caer en semejante estupidez. ¿Para quien funciona la sociedad de la información?. Para los productores.

En la sociedad de la información no hay cabida para la inclusión de comunidades marginadas, no hay lugar para espacios alternativos de manifestación libre de ideas, y tampoco será el ambiente en el que se pueda trabajar más por la lectura, la escritura, la memoria histórica y el libro.

Es una sociedad en la que todos debemos nuestra razón de ser a las corporaciones y en la que las bibliotecas públicas dejarían de pertenecer a la sociedad civil y serían tomadas por el capital empresarial para su beneficio particular. Rifkin (2000: 190) señala:

Los expertos en Marketing y cibernespacio hablan de usar las nuevas tecnologías de la información y la comunicación como herramientas relacionales... Pero lo que en realidad tienen en mente, de forma consciente o inconsciente, es la privatización y mercantilización de los bienes culturales.

Y de Kerchove (1999: 153) dice que lo que comenzaría a suceder es que las comunidades ya existentes que utilizan todo este material disponible en el dominio público disminuirían, mientras que por el otro lado, crecería proporcionalmente el número de usuarios que podrían pagar por los mismos servicios pero en un formato virtual.

La cuestión es más allá de si el ciberespacio brinda oportunidades o no. Por supuesto que el ciberespacio nos brinda oportunidades nuevas de comunicación e interrelación sin precedentes, pero lo importante es quien se apropie y disponga de este espacio electrónico.

Cuando las bibliotecas públicas se encuentran físicamente en una ciudad o un pueblo, lo único que el ciudadano necesita para entrar a ellas es pasar la puerta y es todo.

Pero en el ciberespacio, no sólo necesita saber usar la computadora, sino que también podría necesitar pagar por adentrarse en él. Es una estupidez que se hable de incorporar las bibliotecas al ciberespacio como prioridad cuando millones de personas en este país quedarían excluidas ya que ni siquiera saben leer o escribir y no tienen dinero ni para alimentarse.

Cuando las bibliotecas públicas dejen de ser del dominio público y formen parte de alguna rama de alguna corporación cualquiera, entonces el ciberespacio, y por supuesto, el espacio público van a ser sólo un privilegio para quien pueda pagarlo.

¿Para quién sino las empresas y los ricos es la sociedad de la información?. La sociedad de la información es la sociedad de los negocios, es la sociedad del beneficio y del capital empresarial. Quien más necesita de sistemas de información eficientes y veloces son las empresas y los empresarios así como quien trabaje para ellos.

Las personas en general, tienen más necesidades de conocimiento que sólo de información, necesitan de la lectura y la escritura, de la experimentación, del descubrimiento, de la memoria, de la discusión, de la investigación, del ocio, de la relación con el otro, de compartir públicamente sus ideas; no todos demandamos

información eficiente y oportuna como si fuéramos corredores de bolsa y viviéramos para y por el dinero, aunque las empresas deseen eso precisamente.

“Si los aspectos culturales de la vida van a ser entendidos en términos y categorías económicas y tecnológicas, la completa, multifacética y holística perspectiva de la vida desaparecerá” (Vestheim, 1994)

Por otro lado, la informatización de los individuos no va a traer como consecuencia una verdadera democracia, ni una opinión pública libre, ni inclusión social, ni siquiera educación consistente y mucho menos organización social. La dinámica de la información electrónica se basa en la velocidad y la cantidad, y por lo tanto la opinión pública sería alimentada de pedazos de información editada o no, pero que no diferiría mucho de cualquier noticiero televisivo, lo cual determinaría una opinión pública enajenada.

Los votos electorales son datos en las computadoras que se contabilizan y dan como resultado al candidato ganador; pero la democracia no se hace realidad con datos, es decir, una sociedad bien informada puede llevar a la realización de una democracia como la actualmente existente, pero si las personas se pudieran formar y apropiarse de la cultura abiertamente, talvez la democracia sería radical, o talvez y al menos, no existiría la presente democracia formal. De cualquier manera la dinámica de la información no brinda opciones más amplias, si no que las esconde.

También la inclusión social se vería afectada al ser afectados los soportes en los que se ha registrado el conocimiento. Según la visión de Lyotard (1998: 15): “En esta transformación general, la naturaleza del saber no queda intacta. No puede pasar por los nuevos canales, y convertirse en operativa, a no ser que el conocimiento pueda ser traducido en cantidades de información”.

O sea que no sería posible incluir registros de naturaleza oral o tal vez efímeros como sería un manifiesto o un panfleto de tal o cual etnia marginada, ya que la prioridad y la pertinencia al lado de la velocidad con la que se mueve la información electrónica, llevarían al aislamiento y olvido de conocimiento sin relevancia ni actualizado en un marco de información precisa y oportuna.

La informatización no permite reflexionar los contenidos. Bajo los criterios de aceleración que se transmite, las personas no tienen la misma capacidad de análisis y reflexión que encuentran al leer un libro, al ver una obra de teatro, o al investigar y discutir un tema con sus semejantes.

De Kerchove (1999: 155-156) observa que “en la Red, la estructura del pensamiento no es evidente en ninguna parte. Como en todos los medios computarizados, las estructuras del pensamiento están impuestas, camufladas por programas, por ese motivo no las vemos.”

Por otra parte él nos dice que la lectura y la escritura brindan a la persona culta la capacidad de control sobre el lenguaje, y sin embargo, el tema de la apropiación de la lengua escrita se encuentra demasiado lejos de la consideración por parte de los bibliotecólogos, ya que se encuentran muy ocupados automatizando catálogos.

Y De Kerchove (1999: 155) aporta más a este tema cuando señala que más que acelerar el proceso de información, lo más importante en este momento es “ralentizarla”.

La cultura podría estarse viendo desde un punto de vista muy mecánico y determinista en la bibliotecología; se dice que el avance de la tecnología y la eficiencia de los servicios van a transformar a nuestra sociedad en la sociedad de la información,

pero tal vez se estén olvidando las características humanas que hacen posible la creación de comunidades, por lo cual, el compartir y relacionarse con los demás dependerá de la capacidad económica para acceder a las nuevas y tan preciadas por los bibliotecólogos, comunidades virtuales.

Por otro lado, no se puede determinar el “progreso” de una sociedad de acuerdo a la cantidad de aparatos que puedan usar o a la rapidez con que puedan correr los datos útiles. Simplemente es algo que no se puede medir y por eso los bibliotecólogos nunca podrían ser científicos.

Por esto la sociedad de la información traería exclusión y problemas sociales como la marginación y el analfabetismo. Cuando las bibliotecas públicas tengan que cobrar por los servicios que ofrecen, los ciudadanos van a tener que pagar por poder acceder a lo más moderno y exclusivo de la tecnología de la información, de la misma manera en que Blockbuster cambia el VHS por el DVD demandando de sus clientes el consumo de tecnología más actual para poder hacer uso de su nueva colección.

Así lo señaló Horst Neisser (2001) en el Primer Encuentro Internacional sobre Bibliotecas Públicas: “sin que las bibliotecas públicas pierdan de vista su misión pública y cultural, se deberán regir por las formas de trabajo y las experiencias del mundo de los negocios” y más adelante, “quien quiera ganar dinero, deberá adaptarse a las costumbres del mercado”. El director de la biblioteca de Colonia en Alemania también habló de cuotas: “lo que no cuesta no sirve”, y “los servicios de las bibliotecas sirven, entonces se puede pedir dinero a cambio de ellos”.

Y no solamente cuotas, pero también la mercadotecnia es un tema que adquiere importancia cada vez que se habla del financiamiento de las bibliotecas. La cuestión de si se debe anunciar en las bibliotecas, de si se debe vender algo en la

biblioteca con la finalidad de atraer más personas y de pagar las cuentas es lo más absurdo y contradictorio que puede suceder en una biblioteca pública.

Naomi Klein (1999: 88) muestra que las corporaciones buscan cualquier manera de penetrar en los espacios públicos disponibles y que aprovechando el tema de la implementación de las nuevas tecnologías en las escuelas, proponen modelos de modernización basados en la intervención de las empresas con una aparente disposición a ayudar a los estudiantes a relacionarse con los nuevos medios para que así no se sientan como en una cárcel en la que se sigan usando las viejas formas de comunicación, como según ellos, ha sido hasta ahora. Pero Klein observa también como estos empresarios quieren cada vez más entrar hasta el más íntimo espacio en las escuelas, o sea los salones de clases, con la finalidad de encontrar un nuevo espacio para anunciar marcas y ganar clientes.

En la actualidad, los espacios públicos autónomos están desapareciendo; todo espacio se llena con anuncios de productos deportivos, telefónicos, y demás. Las empresas y las marcas están tomando cada espacio que se encuentra en las ciudades para hacerse publicidad y bombardear a los individuos. Y no se puede decir menos del ciberespacio, ahí el bombardeo es inevitable y no hay opción más que aguantar. Pero las bibliotecas públicas no pueden seguir la dinámica de un centro comercial y terminar anunciando bestsellers o refrescos de moda, es simplemente una medida servil y que va contra la naturaleza de la biblioteca pública como espacio de todos.

Si es una necesidad que los individuos se apropien del espacio público, entonces no podemos entregarlo a los intereses privados para después venderlo a los ciudadanos.

Pero los bibliotecólogos no lo ven de esa manera. Se cree que es necesario incluir las nuevas tecnologías en las bibliotecas públicas; que se necesitan estudios en tecnología y en mercadotecnia para solucionar los problemas tanto de las bibliotecas como de la profesión. La exclusión de los bibliotecólogos en sus áreas de trabajo puede no deberse tanto a la falta de reconocimiento legítimo del bibliotecario como a su ineptitud para ver los problemas dentro del contexto real en el que se encuentran.

Se dice que el tema de las tecnologías de la información es un asunto bibliotecológico. Si eso fuera así, probablemente todo habría terminado en la clasificación de las situaciones que se presentan y se presentaría como un cuadro mecánico y funcional sin contexto social. El tema de la tecnología es una cuestión política, económica y social y por lo tanto exige un punto de vista más amplio que el meramente bibliotecológico.

Parece que gran parte del problema del bibliotecólogo, es el desequilibrio racional que ha sido aprehendido desde su preparación en la carrera. Es decir, que el bibliotecólogo ha sido capacitado para valorar los distintos aspectos de su práctica en términos muy instrumentales, esto es, que todo lo ha basado en una desequilibrada racionalización instrumental que no le permite ver estos aspectos desde una perspectiva más humanista.

El bibliotecólogo actual valora las prácticas y la actividad bibliotecológica en términos de eficiencia, beneficio y utilidad ya que esto ha sido lo único que ha sido transmitido desde su formación en la escuela.

El punto de vista administrativo que cada vez más se trata de establecer en la enseñanza bibliotecológica, no puede sino crear bibliotecólogos que no puedan valorar el conocimiento por su virtud formativa y emancipadora, sino que lo enfoquen como

una cantidad de datos que necesitan llegar a la gente lo más rápido y eficazmente posible. Es decir valora estos aspectos desde una perspectiva económica de la rapidez, la cantidad y el beneficio.

Desde el primer momento en la carrera el bibliotecólogo está entrenado no para servir a individuos, a ciudadanos, a hombres o mujeres, sino a usuarios. Cuatro años de catalogación y clasificación determinan la formación de una visión muy reducida y clasificadora del exterior.

El exceso del nominalismo bibliotecológico es la expresión explotada y repasada del término usuario. No cabe duda que es la demostración más clara de una manera verdaderamente instrumental de ver no digamos el contexto social y la totalidad, si no de ver más allá de un número de clasificación. No cabe nombrar al ciudadano, al individuo usuario o cliente. La designación que se le ha dado de usuario corresponde más a una función asignada dentro de un sistema positivo y corporativo que dentro de una sociedad.

El mundo no es un teatro y el hombre no es un actor particular como lo observó Barthes (1986: 139): “Así como el ciudadano se encuentra reducido de golpe al puro concepto de usuario, los jóvenes franceses movilizables se despiertan una mañana evaporados, sublimados en una pura esencia militar”.

El hombre es un individuo con relaciones sociales, no funcionales.

V. Mezhúiev (1980, 111) hace una observación de una breve cita de Marx cuando habla de la enajenación del hombre hacia la cultura y la cual expresa claramente nuestra relación de uso con las cosas:

La propiedad privada –escribió Marx-, nos ha hecho tan tontos y unilaterales que cualquier objeto es *nuestro* solamente porque lo poseemos, es decir, cuando

es para nosotros como un capital o cuando directamente lo dominamos, comemos, bebemos, llevamos en el cuerpo, vivimos en él, etc., en una palabra, cuando los *usamos*... Por eso en lugar de *todos* los sentimientos físicos y espirituales ha surgido el sencillo enajenamiento de *todos* esos sentimientos, el sentimiento de *posesión*.

“La información es poder” es una frase que frecuentemente se escucha en aulas por parte, tanto de alumnos como de maestros. Lyotard (1998: 19) observó a propósito de la capacidad de las nuevas tecnologías para movilizar más ágilmente los “datos útiles para las decisiones” que “en lugar de ser difundidos en virtud de su valor formativo o de su importancia política... ..puede imaginarse que los conocimientos sean puestos en circulación bajo las mismas redes que la moneda, y que la separación pertinente a ellos deje de ser saber / ignorancia para convertirse, como para la moneda en “conocimientos de pago / conocimientos de inversión”.

También Geoffrey Harder (2000) señala que la información es de valor cuando existe un control previo por parte de algún grupo y también el deseo de poseerla por otro grupo. Y por otro lado, hace notar que la información es una comodidad, ya que su valor no se incrementa cuando esta escasea como sucede con otros productos mercantiles.

Sin embargo, no nada más es el asunto de la escasez lo que es relevante para ubicar una perspectiva adecuada sobre el asunto de la información, sino también el de la abundancia. Tal vez la información no solamente adquiera valor de la manera que lo dice Harder, sino que también pueda darse una situación en la que la abundante producción de información necesita de la creación de un mercado y de una “demanda”.

Geir Vestheim (1994) dice que en las economías liberales habrá mucha más presión por vender esta información cuando se produzca; y al mismo tiempo puntualiza que las necesidades de información de una sociedad serán equivalentes a la producción de información.

Y la situación del conocimiento es que al digitalizarse, y al ser más manejable en términos de velocidad y cantidad, se hace más vulnerable a ser monopolizado por quien posea la capacidad, en este caso la tecnología para “administrarlo” a su gusto. Podría ser esta una razón de que la información devenga poder.

Además, es necesario añadir que es debido a esta transformación electrónica del conocimiento que sucede también su transformación valorativa. El conocimiento se transforma en una mercancía más y ahora se encuentra dentro de una relación entre productores y consumidores.

Los soportes de la información cambian cualitativamente y se registran dentro del lenguaje de las máquinas; por lo tanto el conocimiento cobra más valor como formato de registro y como cantidad que por su naturaleza formativa.

Horkheimer (2000: 96) dijo:

Frente a los objetos nivelados, hacia cuya esencia propia no tiene ya consideración alguna la praxis de la mensurabilidad universal en dinero, el conocimiento se convierte en registro y su progreso en la transformación técnica de la subsunción que previamente se ha llevado a cabo. La *species* se pudo convertir en un concepto clasificatorio en la filosofía moderna porque el antiguo orden de lo específico desapareció en el mercado, por detrás del valor de cambio.

Esta frase se dirige también como una crítica a esa predominancia de la naturaleza de los soportes del conocimiento y su clasificación sobre una valoración

apropiada del conocimiento que se encuentra más relacionada con la calidad, trascendencia y perdurabilidad que con la cantidad y la pertinencia.

En una biblioteca pública que buscara el bien y la liberación del hombre como su fin último, sólo puede haber un bibliotecólogo que entienda muy claramente lo que dicho fin exige de él. Más que un bibliotecólogo eficiente, esta biblioteca pública necesitaría de un bibliotecólogo muy crítico.

La necesidad de entender el contexto político y social en el que la biblioteca pública se encuentra debe ser atendida a través de una constante reflexión sobre la actividad que la biblioteca pública está llevando a cabo diariamente y a largo plazo. Una constante reflexión en la que siempre se tenga en mente a quien debe servir la biblioteca y a que fin, por lo que no hay que descuidar nunca el panorama político en el que se está viviendo.

Pero se sabe que los bibliotecólogos muy pocas veces toman esto en cuenta. Su preparación técnica los lleva a considerar a la biblioteca como una tienda departamental, en la que todo debe estar muy bien organizado y puesto para que el cliente se sienta satisfecho; es decir, cuestiones meramente operativas que no permiten alzar la vista y observar que la práctica bibliotecaria no se dirige nada más al interior de la biblioteca sino al exterior de esta.

Lo que estos profesionales de la información no pueden o no quieren ver, es que sólo se trata de un mercado específico; de una hegemonía de la tecnocracia que busca nuevos consumidores de un nuevo mercado, y que por lo tanto es necesario satisfacer una oferta, y no una demanda como se pretende. Es preciso entender que los fines de todo este mercado son muy particulares, y por lo tanto contrarios a la práctica bibliotecaria.

Es comúnmente pronunciada la necesidad que existe de relacionarse más con las modernas herramientas electrónicas y las redes por parte de las bibliotecas en general; de brindar el acceso a internet y a las bases de datos y de familiarizar a los usuarios con el ciberespacio. Pero en realidad no es una cuestión de incorporar tal o cual medio o herramienta a la biblioteca. En realidad las bibliotecas no tendrían tanto control sobre las tecnologías como se piensa. Molz (2001: 187) indica que “las bibliotecas públicas no solamente proveen Internet y otros recursos electrónicos; ellos mismos se están uniendo a Internet”.

Se sabe que Internet es una red de redes, y por lo cual las bibliotecas se benefician mucho al incorporarse a ella. La cantidad y diversidad de información que se encuentra dentro de esta red es enorme. Y esta característica se debe a que la red se expande diariamente porque diariamente se conectan más redes y más computadoras a ella.

Pero esta característica también conlleva otras particularidades que necesitan ser tomadas en cuenta. Rifkin (2000: 135) dice que dentro del contexto empresarial esto se llama precisamente “efecto red” y explica que dependiendo el tamaño de la red y por lo tanto los enlaces que la constituyen, el valor de esta se incrementará o cambiará implicando así mayor valor para quienes forman parte de dicha red, y por lo cual, otorgar software de manera gratuita resulta más lucrativo a largo plazo ya que da facilidades para expandir la red y así la necesidad de pago.

Si cada vez se va a utilizar mayor cantidad del presupuesto de las bibliotecas públicas en la actualización de los programas y el pago de conexiones a la red y a bases de datos en detrimento de ciertas colecciones o ciertas actividades culturales de estas bibliotecas, entonces el verdadero precio lo va a pagar la sociedad cuando no

pueda contar más con tales posibilidades ya que la biblioteca pública tiene ahora otra razón de ser: la tecnología.

Mark Surman (En Derrick de Kerckhove 1999:155) orienta esta cuestión al señalar que para acceder a estos nuevos sistemas de información, es necesario que previamente haya una “desmitificación de la tecnología” o de lo contrario el distanciamiento y la brecha entre clases se volverá más amplia y la exclusión más grande cuando en realidad la intención fuera otra.

Pero al parecer, no es simplemente ingenuidad la que permite que exista una visión mítica de la tecnología. La racionalidad instrumental es parte intrínseca de una sociedad envuelta en una lógica de la ganancia y la optimización económica; una sociedad cuyo funcionamiento se basa en la eficiencia y en la capitalización de las actividades de las personas. Es una crisis de valores en la que las humanidades van en desventaja y en la que el profesionalismo y el liderazgo intentan pasar por sobre la formación humanista.

Sánchez Vázquez (1990: 9) dice:

El humanismo sufre en nuestra época los embates cotidianos de los medios masivos de comunicación, en cuanto que estos contribuyen a vaciar espiritualmente a sus destinatarios, a limitar su capacidad de reflexión, crítica y decisión, y a estandarizar sus gustos, ideales y valores.

Pero además, quienes deben comenzar por una labor humanista son los bibliotecólogos, ya que son ellos quienes tienen la posibilidad de manejar y marcar el rumbo de las bibliotecas públicas.

3.2. Hacia una redefinición de la biblioteca pública

Horst Neisser (2001) habla de la transformación de las bibliotecas públicas en centros de información; y aunado a esto, también menciona recorte de personal y publicidad en las bibliotecas públicas.

Tal vez, los bibliotecarios podrían ser sustituidos en el futuro por las computadoras que llevarían todas las actividades de las bibliotecas de manera virtual, sin embargo, esta manera de ver la escena bibliotecaria del futuro próximo, es una consecuencia necesaria de la forma en que previamente ha sido definida la situación de la biblioteca pública dentro del mercado de tecnologías de la información.

Si en las bibliotecas automatizadas sólo podrán laborar programadores, máquinas, o robots, entonces la profesión del bibliotecólogo se encuentra más amenazada por la tecnología que por la toma de sus legítimos puestos por profesionales de otras áreas. Sin embargo, para cambiar el rumbo de las cosas, se necesita más de una perspectiva humanista que valore social e históricamente a las bibliotecas públicas que una visión tecnocrata y positivista que parta de una valoración tan reducida y económica del conocimiento, o sea el puro valor de cambio.

La formación del bibliotecólogo necesita de una significativa parte humanista, de lo contrario, los bibliotecólogos serán los primeros robots que operen en las bibliotecas públicas; aunque, desafortunadamente para algunos, por el momento sólo puedan obtener el grado de autómatas.

Por otro lado, en estas expresiones de Neisser se puede notar la inclinación tan instrumental en sus perspectivas de las bibliotecas públicas. Las bibliotecas como

centros de información es una transformación cualitativa muy grande que probablemente podría no contemplar la diversidad de prácticas culturales, o simplemente podría priorizar la adquisición de nueva tecnología sobre otros materiales documentales o sobre otras tareas básicas de las bibliotecas públicas.

Y si esto último pudiera suceder, entonces las consecuencias podrían ser exclusión directa o indirecta de personas (sin considerar si se cobran cuotas o no) y por el contrario el beneficio de las empresas productoras de los servicios de información.

Antes que nada, la prioridad en cuanto a los temas importantes en materia de bibliotecas públicas debería ser el establecimiento de la razón de ser de estas instituciones.

Si de verdad se quiere otorgar una ventaja más a la sociedad a través de la introducción de las nuevas tecnologías, entonces será necesario que previamente los bibliotecólogos busquen la manera de lograr que su trabajo y labor, sean dedicados a la sociedad y al hombre, es decir, que se encuentre la razón humana a partir de la cual se determinen intereses y razones que beneficien a los individuos y no a las corporaciones.

Redefinir las bibliotecas públicas como centros de información traería una **dinámica** de relación con el conocimiento mucho más controlada y manipulada en **términos políticos y económicos**, y por lo tanto contraria a los fines y los fundamentos de las bibliotecas públicas.

La cuestión se encuentra en preguntarse por qué y para qué se van a introducir las nuevas tecnologías, una vez que se ha definido a qué fines va a servir la biblioteca pública y a quien van a servir estas decisiones.

Se trata de identificar las razones verdaderas por las que la introducción de las nuevas tecnologías de la información es una prioridad en las bibliotecas públicas. Es necesario notar quiénes son los verdaderos beneficiados en la relación que se establece entre la sociedad y las corporaciones productoras de los servicios de información.

Por lo tanto, dentro de esta misma reflexión, será más prioritario encontrar los medios necesarios y adecuados para servir y liberar al hombre y a la sociedad del control corporativo, que buscar las formas de mediar y enrolar, de comprar y de vender a la sociedad en una realidad definida por y para la empresa multinacional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Barthes, Roland (1986). *Mitologías*. México: Siglo veintiuno editores. 257 p.
2. Harder, Geoffrey (2000). *A penny for your thoughts: a humanists struggle to understand information as a commodity*. Disponible en: <http://blogdriverswaltz.com/writing/papers/commodweb.html>
Fecha de consulta: 29 de Octubre de 2003.
3. Horkheimer, Max (2000). *Teoría tradicional y teoría crítica*. Barcelona: Paidós. 120 p.
4. Kerckhove, Derrick de (1999). *Inteligencias en conexión: hacia una sociedad de la web*. Barcelona: Gedisa. 253 p.
5. Klein, Naomi (1999). *No Logo*. USA: Picador. 490 p.
6. *Las bibliotecas públicas y la sociedad de la información un estudio: precedentes, contexto, objetivos: la sociedad de la información necesita bibliotecas*. Disponible en: www.cordis.lu/libraries/es/plis/study.html#rol.
Fecha de consulta: 29 de Octubre de 2003.
7. Lyotard, Jean Francois (1994). *La Condición Posmoderna*. Madrid: Cátedra.
8. Mezhuiev, V (1980). *La cultura y la historia*. URSS: Editorial Progreso. 279 p.
9. Molz, Redmond Kathleen (2001). *Civic space/cyberspace: The american public library in the information age*. USA: MIT press. 259 p.
10. Neisser, Horst (2001). *Gestión y Marketing en las bibliotecas públicas*. Disponible en: http://www.goethe.de/hn/mex/retro/spb01_1.htm
Fecha de consulta: 29 de Octubre de 2003.
11. Rifkin, Jeremy (2000). *La era del acceso: La revolución de la nueva economía*. Barcelona: Paidós. 366 p.
12. Sánchez Vázquez, Adolfo (1990). *Humanismo y Universidad* En *Revista Universidad de México*. no. 477 (Octubre de 1990) p. 4-9.
13. Surman, Mark (1999). En Derrick de Kerckhove. *Inteligencias en conexión: hacia una sociedad de la web*. Barcelona: Gedisa. 253 p.
14. Vestheim, Geir (1994). *Public libraries: Cultural institutions on the crossroads between purposive and humanistic rationality*. Disponible en: <http://www.hum.uit.no/dok/ntbf/ve.htm>. Fecha de consulta 29 de Oct. de 2003.

CONCLUSIONES

Las bibliotecas públicas son instituciones muy significativas y simbólicas para la sociedad y al mismo tiempo son instrumentos de control social.

Por un lado, las bibliotecas públicas han sido las encargadas de la difusión del conocimiento y la cultura, y por el otro lado, paralelo, más sutil y un poco consecuente del otro, han servido a la exclusión y limitación de los mismos.

Por sus funciones seleccionadoras y conservadoras y difusoras del conocimiento, la biblioteca pública ha contribuido, en cierto grado, al desarrollo o conservación de determinados proyectos políticos y a la marginación de otros.

Debido a la propiedad particular de la que ha sido dotada, como su carácter público, la biblioteca pública se encuentra en una situación de vulnerabilidad frente al valor y a los fines que determine quienes se encarguen de ella.

La biblioteca ha sido un instrumento mediador entre el estado y la sociedad civil y se encuentra en un momento en el que el control podría verse otorgado a los intereses corporativos.

Las bibliotecas públicas deben ser consideradas como partes intrínsecas de los diversos proyectos políticos de la historia. Y no solamente como parte, sino como proyectos políticos en sí mismas. Esto es, que las bibliotecas además de mediar y por lo tanto ser parte de tal o cual proyecto político, también pueden constituir por sí mismas un proyecto político de resistencia, de espacio aleatorio para el desarrollo de alternativas culturales y políticas.

Es necesario que se tome en cuenta a las bibliotecas públicas dentro de una perspectiva política.

Que además de las cuestiones operativas dentro de las bibliotecas públicas, se ponga atención al contexto sociopolítico que se encuentra al exterior de dichas bibliotecas y el cual afecta cualitativamente su misión dentro de la sociedad.

Aunque las bibliotecas públicas son para todos y están abiertas sin restricciones, esto no quiere decir que estas no excluyan y no discriminen alternativas culturales, históricas, políticas y formativas; y consecuentemente, que nunca hayan contribuido a la marginación de personas.

Las bibliotecas públicas han cumplido con un papel regulador del conocimiento como lo ha hecho la escuela durante mucho tiempo. Estos organismos han servido al poder central del estado con fines de control y por lo tanto los individuos no han podido apropiarse de ellos.

Aún dentro del contexto de la biblioteca pública para la democracia, podemos observar que esta sirve a determinados fines y por lo tanto se basa en valores que no se determinaron por el sistema de clasificación que se usa o por si las obras se asentaron por autor o por título colectivo, sino por una meta política establecida y la cual busca los medios necesarios para alcanzar aquellos fines.

Pero si la biblioteca pública no se observa dentro de este esquema, las situaciones políticas pasarán como realidades necesarias a las que la biblioteca pública debe servir para su mejor desempeño.

Las bibliotecas públicas respondieron a los fines ideológicos y hegemónicos del fascismo en Italia. La mayoría de las iniciativas se vieron derivadas de políticas de

aculturación reguladoras y funcionales que no traerían más que manipulación y enajenación de las personas.

También sirvieron como instrumentos formadores de conciencia y comunidad nacional en diversos países y sin embargo, todo este proyecto fue previamente pensado para y como modelo del estado- nación.

Actualmente la razón de ser de las bibliotecas públicas es la democracia, y por lo tanto, deben brindar acceso a todos sin discriminación ni restricciones. Y parece que en el futuro, las bibliotecas públicas, más como centros de información, darán los elementos necesarios para que la sociedad tenga acceso a la información inmediata y útil.

Pero todas estas relaciones políticas de las bibliotecas públicas no han traído más que exclusión y manipulación. Estas instituciones cada vez se encontrarán más bajo el control de algún interés particular si no se las toma en cuenta como la alternativa que pueden llegar a ser si se aprovecha su espacio público y su relación social.

Las bibliotecas deben comenzar a luchar por la autonomía de su espacio y establecer como claro fin la inclusión de todos los individuos y no la discriminación del conocimiento.

Es necesario trabajar por hacer de la biblioteca un espacio que simbolice el rechazo a servir al capital empresarial y al control estatal. Y para esto es urgente que la biblioteca contemple más la búsqueda de opciones que la aceptación de las condiciones.

Los bibliotecólogos deben darse cuenta que hay más trabajo por hacer por la recuperación del conocimiento y la memoria histórica que por conectar a todos al ciberespacio.

Si hasta el momento, ha sido una minoría la que ha logrado tener acceso a la cultura, en el futuro no será una diferencia si las tecnologías de la información sólo podrán ser aprovechadas por los mismos o aún por menos personas que puedan pagar los servicios.

Por otra parte, es necesario ampliar la visión de las prácticas de selección y adquisición de las bibliotecas públicas. Es momento de terminar con ese dogma bibliotecológico de las necesidades de la comunidad ya que esto reduce las posibilidades de cambio a las que sirve la biblioteca pública.

Se requiere del reconocimiento de las deficiencias en las perspectivas de los bibliotecólogos cuando tratan de ver todo a través de su doctrina bibliotecológica.

El panorama es más trascendental y más amplio y no todo se puede determinar por las reglas de catalogación. No hay una manera más propia de entender estos problemas que mediante una buena formación humanista.

Durante la preparación del bibliotecólogo se hace mucho énfasis en el profesionalismo de éste, y de cómo esto va a proporcionar lo necesario para resolver los problemas que se le presenten en el futuro. Se les llama profesionales de la información y se les dice que se encuentran preparados para los retos más allá de la carrera.

Con seguridad, no es la superación personal ni la capacitación tipo vendedor de hamburguesas la que va a dar a los bibliotecólogos el criterio y el conocimiento para poder aportar a las bibliotecas algo más que tarjetas catalográficas. Por lo tanto, será

una verdadera formación humanista la que le ayude a definir una perspectiva más abierta que se base en valores humanos y que defienda la cultura y el cambio anteponiéndose a las exigencias de un poder central o empresarial.

Molz (2001: 215-216) observa: “el liderazgo es necesario, pero no suficiente”. Y continúa diciendo que junto a factores como las condiciones económicas, y configuraciones y luchas políticas, las habilidades profesionales de los bibliotecarios podrían vencerse “sin importar lo carismático que sea el liderazgo”.

Más que sentirse la “pieza clave” para la sociedad de la información y más que saber con que trazo limpiar los estantes, los bibliotecólogos deben poder entender que las bibliotecas públicas se definen por valores y fines que pueden establecerse por diferentes grupos e individuos y que por lo tanto, de estos valores y fines dependerá la redefinición de la biblioteca pública y a quien servirá.

Si las bibliotecas públicas han sido manipuladas y han servido a fines particulares en algunos momentos de la historia, también representan una alternativa de lucha contra estas privatizaciones y de resistencia contra la destrucción de la memoria y contra la marginación de las personas.

La biblioteca pública puede ser un proyecto colectivo en el cual se busque contrarrestar la tendencia tecnocentrista de difusión del conocimiento; en el que la memoria colectiva de los marginados tenga la posibilidad de textualizarse y contextualizarse para denunciar lo olvidado y lo no sabido, y el espacio en el que el hombre colectivo encuentre su liberación.

Todo se basa en la forma en que se defina el espacio público que brinda la biblioteca y por lo tanto como se establezca su razón de ser y su finalidad.

Si las bibliotecas deben automatizarse, es porque así lo exige el sistema económico y tecnológico en el que vivimos, y no porque los bibliotecarios se dieron cuenta de que esa era la mejor alternativa para un país con 70 millones de pobres.

La biblioteca pública podría no ser más que una farsa si esta se entrega a los intereses empresariales y al poder corporativo. Si la biblioteca pública sirve a la humanidad y existe para su emancipación, entonces cualquier poder coercitivo o cualquier medida de control que provenga de cualquier grupo poderoso, dominante o empresarial debe ser rechazado y denunciado de antemano.

Si la biblioteca va a servir al hombre y a la sociedad o si va a servir al estado y a las corporaciones es una cuestión más bien política, ideológica y económica que meramente bibliotecológica y por supuesto es algo que requiere más de humanistas que de “profesionales de la información”.

OBRAS CONSULTADAS

1. Althusser, Louis (1999). La filosofía como arma de la revolución. México: Siglo veintiuno editores. 151 p.
2. Barthes, Roland (1986). Mitologías. México: Siglo veintiuno editores. 257 p.
3. Baudrillard, Jean (1999). El sistema de los objetos. México: Siglo XXI editores. 229 p.
4. Bobbio, Norberto (1996). El futuro de la democracia. México: Fondo de cultura económica. 214 p.
5. Bobbio, Norberto (1993). Perfil ideológico del siglo xx en Italia. México: Fondo de cultura económica. 297 p.
6. Bové, José & Dufour, Francois (2000). El mundo no es una mercancía: Los agricultores contra la comida basura.. Barcelona: Icaria. 279 p.
7. Callinicos, Alex (1990). Against postmodernism: a marxist critique. New York: St. Martin's Press. 207 p.
8. Castañares, Wenceslao (1994). De la interpretación a la lectura. Madrid: Iberoediciones.
9. Castoriadis, Cornelius (1991). Los intelectuales y la historia. En Revista Universidad de México. No. 484 (Mayo de 1991). P. 6-10
10. Cavallo, Guglielmo & Chartier, Roger (1998). Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus. 585 p.
11. Chartier, Roger (1999). Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier. México: Fondo de cultura económica. 271p.
12. Chomsky, Noam (2000). El beneficio es lo que cuenta: Neoliberalismo y orden global. Barcelona: Crítica. 194 p.
13. Chomsky, Noam (1994). Política y cultura a finales del siglo XX: Un panorama de las actuales tendencias. Barcelona: Ariel. 115 p.
14. CrimethInc Workers Collective (2001). Days of war nights of love: crimethink for beginners. Canada: CrimethInc free press. 286 p.
15. Dilthey, Wilhelm (1986). Crítica de la razón histórica. Madrid: Península.
16. El mundo del papel (1999). Francia: Biblioteca Nacional de Francia. (video)

17. Engels, Friedrich (1983). El origen de la familia, propiedad privada y estado. Madrid: Sarpe. 304 p.
18. Fisher, William f y Thomas Ponniah (2003). Another world is possible: popular alternatives to globalization at the world social forum. USA: Zed books. 364 p.
19. Foucault, Michel (1999). Estética, ética y hermenéutica. Barcelona; México: Paidós Ibérica.
20. Foucault, Michel (1999). Estrategias de poder. Barcelona; México: Paidós Ibérica.
21. Foucault, Michel (1996). De lenguaje y literatura. Barcelona: Paidós.
22. Foucault, Michel (1999). El orden del discurso. Barcelona: Tusquets. 76 p.
23. Foucault, Michel (2000). Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. México: Siglo XXI editores. 314 p.
24. Freire, Paulo (1990). Alfabetización: lectura de la palabra y lectura de la realidad. Barcelona; México: Paidós; Madrid: Ministerio de educación y ciencia.
25. Freire, Paulo (1986). Las iglesias, la educación y el proceso de liberación humana en la historia: Buenos Aires: Aurora.
26. Freire, Paulo (1990). La naturaleza política de la educación: cultura, poder y liberación. Barcelona; México: Paidós; Madrid: Ministerio de educación y ciencia.
27. Gorz, André (1986). Historia y enajenación. México: Fondo de cultura económica.
28. Gramsci, Antonio (1999). Antología. México: Siglo XXI editores. 520 p.
29. Gramsci, Antonio (1972). Los intelectuales y la organización de la cultura. Buenos Aires: Nueva visión. 210 p.
30. Gramsci, Antonio (1999). Introducción a la filosofía de la praxis. México: Fontamara. 103 p.
31. Gramsci, Antonio (1961). Literatura y vida nacional. Buenos Aires: Lautaro.
32. Habermas, Jürgen (1986). Ciencia y Técnica como ideología. Madrid: Tecnos.

33. Habermas, Jürgen (1987-1988). Teoría de la acción comunicativa. Madrid: Taurus.
34. Harder, Geoffrey. A penny for your thoughts: a humanists struggle to understand information as a commodity. Disponible en: <http://blogdriverswaltz.com/writing/papers/commodweb.html>
35. Horkheimer, Max (2000). Teoría tradicional y teoría crítica. Barcelona: Paidós. 120 p.
36. J. Ong, Walter (1999). Oralidad y escritura: Tecnologías de la palabra. México: Fondo de cultura económica. 190 p.
37. Kanoussi, Dora (1998). Los estudios gramscianos hoy. México: Palza y Valdez editores/International Gramsci society.
38. Kant, Emmanuel (1997). Filosofía de la historia. México: Fondo de cultura económica. 147 p.
39. Kerckhove, Derrick de (1999). Inteligencias en conexión: hacia una sociedad de la web. Barcelona: Gedisa. 253 p.
40. Klein, Naomi (1999). No Logo. USA: Picador. 490 p.
41. Kohn, Margaret (2003). Radical space: building the house of the people. U.S.A: Cornell University Press. 203 p.
42. Las bibliotecas públicas y la sociedad de la información un estudio: *precedentes, contexto, objetivos: la sociedad de la información necesita bibliotecas*. Disponible en: www.cordis.lu/libraries/es/plis/study.html#rol.
43. Le Goff, Jacques (1991). El orden de la memoria. El tiempo como imaginario. Barcelona: Paidós. 275 p.
44. Lipovetsky, Gilles (1996). La era del vacío. Madrid: Anagrama.
45. Lyotard, Jean Francois (1994). La Condición Posmoderna. Madrid: Cátedra.
46. Mezhúiev, V (1980). La cultura y la historia. URSS: Editorial Progreso. 279 p.
47. Molz, Redmond Kathleen (2001). Civic space/cyberspace: The american public library in the information age. USA: MIT press. 259 p.
48. Neisser, Horst (2001). Gestión y Marketing en las bibliotecas públicas. Disponible en: http://www.goethe.de/hn/mex/retro/spb01_1.htm

49. Notes from nowhere (2003). We are everywhere: the irresistible rise of global anticapitalism. New York: Verso. 529p.
50. O'Toole, James M. The symbolic significance of archives. Disponible en: http://scisweb.scis.ecu.edu.au/~docsoc/Reader/01/1_01.htm.
51. Pasolini, Pier Paolo (1997). Cartas luteranas. Madrid: Trotta. 158 p.
52. Perec, Georges (2001). Pensar clasificar. Barcelona: Gedisa. 127 p.
53. Petrucci, Armando (1999). Alfabetismo, escritura y sociedad. Barcelona: Gedisa. 319 p.
54. Portelli, Huges (1973). Gramsci y el bloque histórico. México: Siglo veintiuno editores. 157 p.
55. Proyecto de modificación del plan de estudios de la licenciatura en Bibliotecología y estudios de la información (2001). Facultad de filosofía y letras, UNAM. 53 p.
56. Riedlmayer, Andrés. Erasing the past: the destruction of libraries and archives in Bosnia Herzegovina.
Disponible en: <http://w3fp.arizona.edu/mesassoc/Bulletin/bosnia.htm>
57. Rifkin, Jeremy (2000). La era del acceso: La revolución de la nueva economía. Barcelona: Paidós. 366 p.
58. Sánchez Vázquez, Adolfo (1990). Humanismo y Universidad En Revista Universidad de México. no. 477 (Octubre de 1990) p. 4-9.
59. Schiffrin, André (2001). La edición sin editores: Las grandes corporaciones y la cultura. México: Era. 97 p.
60. UNESCO (1994). Manifiesto sobre la biblioteca pública. UNESCO.
61. Vestheim, Geir (1994). Public libraries: Cultural institutions on the crossroads between purposive and humanistic rationality. Disponible en: <http://www.hum.uit.no/dok/ntbf/ve.htm>.
62. Villoro, Luis (2001). De la libertad a la comunidad. México: Ariel. 127 p.
63. Villoro, Luis (1997). El poder y el valor: Fundamentos de una ética política. México: Fondo de cultura económica. 400 p.
64. Yuen, Eddie (2002). The battle of Seattle: The new challenge to capitalist globalization. New York: Soft school press. 393 p.